

P. Carlos Mugica

PERONISMO Y CRISTIANISMO



Editorial MERLIN

Padre CARLOS MUGICA

Peronismo y Cristianismo

Difundido por:



EDITORIAL MERLIN Buenos Aires

La Baldrich - Espacio de Pensamiento Nacional
www.labaldrich.com.ar

ADVERTENCIA

Estos trabajos fueron escritos durante la llamada Revolución Argentina, ello explica algunas alusiones a datos que no son vigentes en la actualidad, como, por ejemplo, la existencia de presos políticos.

"El rol del sacerdote" es el texto de una disertación pronunciada en el Instituto de Psicología Integral, como parte del ciclo "Ideología y Rol Profesional", que esa institución programara en 1971.

EL ROL DEL SACERDOTE

Para poder hablar de este tema —cuál debe ser hoy el rol del sacerdote católico en la Argentina— primero tenemos que ponernos de acuerdo sobre qué es ser sacerdote. El sacerdote fundamenta toda su acción en su fe en la persona de Jesucristo y en su adhesión a la Iglesia, que es la comunidad que estableció Cristo para que a través de los tiempos, haga presente el mensaje de liberación que Él trae. Por eso tenemos que referirnos brevemente a la persona de Cristo que es el sacerdote por antonomasia. Si leemos el Evangelio, que es donde vamos a encontrar a Cristo, descubrimos dos caracteres distintos en su mensaje. Por un lado, el mensaje tremendamente exigente y por el otro el mensaje que, asumido personal y existencialmente, le da al hombre la verdadera alegría de vivir. Es importante tener en cuenta que el cristianismo es la única religión que no se traduce en un conjunto de verdades, ni en un conjunto de normas éticas. Buda les dijo a los hombres: "Yo les voy a decir cuál es el camino que conduce a la verdad". Confucio les dijo a los hombres: "Yo les voy a indicar cuál es el camino que conduce a la dicha, a la felicidad". Pero vino Cristo y no les dijo "Yo les voy a indicar cuál es el camino", sino que les dijo y nunca nadie antes ni después de Él dijo: "Yo soy la Verdad, yo soy la Vida, yo soy el Camino". Es el único hombre que afirmó ser la Verdad. Por eso para mí o se acepta que Cristo es Dios, o Cristo es un sinvergüenza, un loco. No hay otra alternativa. Pretender extraer de Cristo la divinidad para hacerlo aparecer como un hombre más o menos filántropo, me parece que es además de traición al Evangelio, no entender la conciencia que Cristo tenía de sí mismo. Y si se engañaba, por eso mismo estaba loco. O era directamente un inmoral, una persona que se presenta como lo que no es. Creo que Cristo era consciente de lo que era y lo asumía: era el Hijo de Dios. Y creo que lo importante para un cristiano es descubrir que Cristo es tan humano, precisamente, porque es divino. Cuando Passolini leyó el Evangelio de San Mateo, dijo: "No, yo no creo que Cristo sea Dios, pero creo que este hombre es un hombre fuera de serie, es un hombre divino". Creo que en ese momento es cuando entra a vislumbrar la personalidad de Cristo que excede un poco la personalidad meramente humana. Jesucristo se presenta entonces como una persona que exige una definición radical del que lo sigue. Esto es decisivo para el rol de un sacerdote. Del Evangelio podríamos extraer muchísimos textos para demostrarlo. Voy a leer solo algunos.

En el Capítulo IV de San Mateo, cuando Jesús elige sus primeros colaboradores, sus primeros discípulos, se dice: "Caminando junto al mar de Galilea Jesús vio a dos hermanos: Simón, que se llama Pedro, y Andrés, su hermano, los cuales echaban la red en el mar, pues eran pescadores y les dijo: 'Vengan detrás de mí, que Yo los voy a hacer pescadores de hombres'. Ellos dejando al instante las redes, lo siguieron. Pasando más adelante vio a otros dos hermanos, Santiago y Juan su hermano, que en la barca con Cebedeo, su padre, componían las redes y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, lo siguieron". El Evangelio, con esa sencillez espartana que tiene, no dice nada más que eso: "los llamó".

Ellos dejaron la barca, es decir su trabajo, su tarea, su padre, su familia, y lo siguieron. Comprendieron que seguir a Cristo era dejarlo todo. Y en el Evangelio veremos continuamente que Jesús dice: "El que no está conmigo está contra mí". No se puede servir a dos señores: al dinero, al que Cristo llama la Mamona de la iniquidad, y a Dios. Porque cuál es la posibilidad de salvación para el que tiene la Mamona de la iniquidad en abundancia, para el oligarca. La de poner su dinero al servicio de la comunidad. Para el rico la única posibilidad de salvación, es dejar de serlo, es decir, dejar de tener la disposición exclusiva de sus bienes. Todo el Evangelio de San Mateo, toda la Biblia, todo el Nuevo Testamento, están colmados por esta presencia absorbente y excluyente de Cristo, que permanentemente exige una definición. Dice el Evangelio de San Mateo en el Capítulo VIII: "Viendo Jesús grandes muchedumbres en tomo suyo dispuso partir a la otra ribera. Le salió al encuentro un escriba que le dijo: 'Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas'. Díjole Jesús: 'Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.' Le está indicando "bueno, si vos me querés seguir tenes que estar dispuesto a vivir en la provisoriedad, no instalado". Por eso el burgués o el que tiene mentalidad burguesa, es el menos

capacitado para entender el mensaje de Jesucristo. Porque en el fondo, la psicología burguesa es la psicología del que le tiene miedo a la vida, del que quiere acolcharse la existencia. Yo diría que el lema del burgués es: sufrir lo menos posible. Prefiero subsistir más que existir. Y Cristo nos invita a existir, y por lo tanto a sufrir. Otro discípulo le dijo: "Señor, permíteme primero sepultar a mi padre", y Cristo le contestó: "Sigúeme, y deja que los muertos sepulsen a los muertos". Bastante duro, por cierto. Jesús aparece permanentemente así, con una gran dureza, inclusive con la gente que tiene más cerca, como su madre. Cuando Jesús se queda en el templo a los doce años, dice el Evangelio de San Lucas que hacía tres días que lo buscaban cuando su madre se encuentra con él y exclama: "Pero hijo, ¿no sabías que te estábamos buscando tu padre y yo, angustiados?" En la Villa donde yo trabajo, si a una mujer se le pierde un hijo por dos horas, está desesperada. Jesús sabe, fríamente, que su madre lo ha buscado durante tres días y no se inmuta, no se le mueve un pelo. Cortó el cordón umbilical a los doce años. Y a veces tenemos treinta o cuarenta y todavía no hemos cortado el cordón. "Ah, no, qué me voy a meter en esa manifestación, pobres papá y mamá." ¡Qué excusa fenomenal ¿eh? "Pobre mi marido, pobres mis hijos". Pobre de mí, el día de mañana, qué van a pensar de mí mis hijos. Pobre de mí, porque si hoy los muchachos, ustedes, tienen problemas con los padres, la que se les va a venir a los que tienen cuarenta años con los hijos que tienen quince. No hay salida: o nos integramos en un cambio de esta sociedad o nos van a repudiar los que vienen atrás. Jesús sabe que su madre lo está buscando ansiosa, angustiada. No podemos dudar del amor de Jesús por su madre, sin embargo, sabe que es necesario que su madre sufra, y mucho, para que madure, para que crezca. Uno de los grandes daños que nos hace esta sociedad llamada de consumo, pero de consumo para unos pocos y de hambre para muchos, es el de hacernos creer que el amor es una cosa dulce, más o menos afectuosa. No. Por amor, muchas veces me veo obligado a hacer sufrir mucho a los seres que amo. Amar, amar verdaderamente, ¿qué es? Es buscar el verdadero crecimiento del otro; buscar que el otro desarrolle su capacidad de crear; suscitar realmente todas las potencialidades de creación, de fecundidad que hay en el otro. Y eso a veces es muy doloroso. Jesús dice: "Mi Padre es el agricultor, Yo soy la vid, y ustedes los sarmientos; y mi Padre poda la vid para que dé más fruto". Por eso Jesús, que ama a su madre, sabe que es necesario que ella vaya pregustando la distancia que hay entre su hijo y ella, para que crezca. Y podemos decir que María realmente se realizó como mujer. Ella misma lo dice en el Magníficat, ese canto revolucionario que hace después de visitar a su prima Isabel: "Hizo en mí grandes cosas Mi Dios porque se fijó en la humildad de su sierva, y por eso todos los hombres me proclamarán dichosa" Y es la mujer más importante de la historia humana. Está presente en millares de personas. El texto más completo, diría yo, en el que se muestra toda la terrible exigencia a la que Cristo somete a los que quieren seguirlo, está en el capítulo X de San Lucas, cuando Jesucristo da las instrucciones a sus colaboradores. Nunca en la historia de la humanidad ha habido un hombre que le haya planteado exigencias tan tremendas a sus colaboradores: "Yo les envío a ustedes como ovejas en medio de lobos. Sean prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Guárdense de los hombres porque los entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas los azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor a mí, para dar testimonio ante ellos y los paganos". Me acuerdo que cuando hicimos un encuentro de sacerdotes del Tercer Mundo, en Villa Carlos Paz, monseñor Devoto decía: "Todas esas cosas que leemos en el Evangelio sobre que nos van a perseguir, que nos van a meter en la cárcel, nos parecían siempre tan lejanas; bueno, a lo mejor ahora Dios nos va a conceder la gracia de que no sean tan lejanas". Recuerdo haber leído en uno de los últimos números de Cristianismo y Revolución, el testimonio de ese sacerdote paraguayo, Monzón, que fue espantosamente torturado por la policía paraguaya. Durante una semana le metieron la cabeza en una bañera para ahogarlo y él dice que en uno de esos momentos sintió realmente la presencia de la Iglesia que estaba orando por él. Y no consiguieron arrancarle, a pesar de las espantosas torturas, la denuncia de ningún obispo, que era lo que buscaban. Y realmente las palabras de Cristo se cumplen: "Cuando los entreguen no se preocupen de qué y cómo hablarán, porque se les dará en aquella hora lo que deban decir. No serán ustedes los que hablarán, sino que será el espíritu del Padre que está en el cielo que hablará por ustedes. El hermano entregará al hermano a la muerte; el

padre al hijo y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Serán aborrecidos de todos por Mi Nombre. El que persevere hasta el fin, ése será santo. Cuando los persigan de una ciudad, huyan a otra". Y dice en seguida Jesús: "No está el discípulo encima del Maestro, ni el siervo sobre su amo; bástele al discípulo ser como su Maestro". Y precisamente para el sacerdote su único Maestro es Jesucristo. Por eso es muy importante comprender lo que estoy diciendo ahora para comprender después cuál es hoy el rol del sacerdote.

"Y bástele al siervo ser como su Señor. Si al amo lo llamaron Beelzebul, cuánto más a sus domésticos." Esto es importante. Hoy hay mucha gente que dice que los católicos tienen que estar unidos, que los cristianos deben estar unidos. Por supuesto, tenemos que tratar de estar en una tensión de unidad, pero sabiendo de antemano que a veces esa unidad no se va a realizar. El padre Arrape, general de la Compañía de Jesús, en un documento que acaba de dar a conocer a sus sacerdotes jesuítas, dice que es hoy muy difícil aplicar lo que decía San Ignacio, el padre fundador de los jesuítas, de que todos los jesuítas deben tratar de tener un mismo sentir y una misma manera de pensar. Hay que tratar de lograrlo, pero ya en el siglo VII San Ignacio decía "en la medida de lo posible". En la historia de la Iglesia muchas veces, cristianos, santos inclusive, se han enfrentado con fuerza desde posiciones distintas y ambas partes buscaban mantener la fidelidad a Cristo y la fidelidad a los hombres. Dice San Ignacio: "Tener todos el mismo sentir y decir todos lo mismo, en cuanto sea posible". "Hoy quizá sea más difícil que entonces" —dice el padre Arrape— sobre todo cuando inciden en el campo de la investigación científica y de la opinión, los temas que suponen el compromiso social, las distintas ideologías que tienen los seres humanos e incluso los sacerdotes. Lo importante es si uno está convencido profundamente de su posición política. Si yo estoy absolutamente convencido de que la liberación de mi pueblo pasa por el movimiento peronista, entonces no tengo que pensar que el que no sea peronista no es cristiano, o que el que no es peronista no entiende nada. Siempre tenemos que tratar de pensar que la manera de obrar del otro tiene elementos positivos de verdad, y que yo no tengo el monopolio de la verdad. En la duda, precisamente, siempre tengo que tratar de suponer que otro está en la razón, a menos que yo tenga razones en serio para pensar lo contrario. Puedo pensar muchas veces que el otro no está en la razón, por supuesto.

Si al amo lo llamaron Beelzebul, cuanto más a los domésticos, si a Jesucristo lo llamaron endemoniado, si a Jesucristo lo llamaron borracho, lo acusaron de subvertir al pueblo qué nos puede importar que nos acusen de comunistas, de subversivos, de violentos y de todo lo demás. Además, si yo, cristiano, en alguna medida no soy un signo de contradicción y no suscito simultáneamente el amor y el odio, mala faria. No me entró el espíritu de Cristo. Si ustedes leen el Evangelio van a ver que Jesucristo jamás suscitó la indiferencia. Suscita la definición. Los fariseos, los gobernantes, los sumos sacerdotes, sobre todo los poderosos, lo tratan de endemoniado, de loco. A los hombres adhieren a él o lo rechazan violentamente, no lo pueden soportar, porque les tira abajo toda la estantería. "Lo que yo les digo en la oscuridad díganlo en la luz, y lo que les digo al oído predíquelo sobre los tejados." "No tengan miedo a los que matan el cuerpo; pero al alma no la pueden matar." Tengámosle miedo a esta sociedad que nos hace creer que la felicidad está en el tener. Primero el autito, el Fiat 600, después el 1600, después el Torino y si Dios quiere, bueno, el superauto. Así, primero el departamentito, después el dúplex, sin querer todos vamos entrando en la variante. Por más que digamos y pensemos muchas cosas, somos esclavos de las cosas. Y por eso no somos felices, por eso hay mucha gente que vive angustiada, traumatizada e idiotizada. "No tengas miedo a los que matan el cuerpo, pero al alma no la pueden matar." "Tengan miedo más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la Gehenna del infierno." Y Jesús, consciente de que después de todo lo que ha dicho los ha dejado medio mareados, agrega en seguida: "¿No se venden dos pajaritos por un as? Sin embargo, ni uno de ellos cae a tierra sin la voluntad del Padre". "En cuanto a ustedes, todos los cabellos de vuestras cabezas están contados. No teman, pues valen más que muchos pajarillos; porque a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de Mi Padre." Vamos a ver ahora qué es eso de confesar hoy a Cristo. Ahí está el rol del sacerdote, que es el que tiene que hacer patente a Cristo en medio de los hombres. Pero ante

todo les diré que todo cristiano es sacerdote; todo bautizado, por el hecho de haber sido bautizado, forma parte del pueblo sacerdotal. Sacerdote quiere decir aquel que es puente entre Dios y los hombres. Aquel que lleva las inquietudes de los hombres a Dios y lleva, por así decirlo, a Dios a través de su vida. A ese nuestro Dios que ya se ató definitivamente a nosotros. A ese nuestro Dios que ya no puede separarse de nosotros. Dice San Agustín, al comentar el Misterio de la Navidad: "el Hijo de Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios". Ese es el maravilloso intercambio del que habla la liturgia. Y el rol del sacerdote es, precisamente, responder a ese apetito fundamental de divinidad que tiene el hombre. Sartre define muy bien al ser humano cuando dice que todo hombre es apetito de ser Dios. Y tiene toda la razón del mundo. El, con una lógica inexorable, después de haber creído demostrar que Dios no existe, dice "porque Dios no existe, el hombre es una pasión inútil". O como dice un personaje de Shakespeare, en Macbeth: "Si Dios no existe, el hombre es como un cuento contado por un idiota". Es absurda la vida. Si no hay salida trascendente para el hombre, si todo termina con la muerte, dice Sartre, nunca empezó nada. Unamuno decía: "¿A mí me van a hacer un monumento después que muera, a mí me van a hacer vivir en el recuerdo de los demás? ¿Eso qué importa? A mí lo que me interesa es que mi yo no se extinga. Eso es lo que me importa." Y yo adhiero personalmente a Jesucristo por eso, porque a mí ni el Che, ni Mao, ni ningún ser humano me responde a ese apetito de divinidad. El único que para mí, Carlos Mugica, responde a ese apetito de divinidad, es Jesucristo, que me dice que no solo mi yo no se va a extinguir, sino que después de la muerte, a través de una existencia, otra, mi vida va a culminar. A mí Cristo me dice que no hay otra vida, no hay más que esta vida, pero esta vida es la vida uterina, el parto es la muerte y a través de la muerte yo accedo a la vida adulta, a la vida de superhombre, a la vida de hombre divinizado. Así como el mono jamás se imaginó que un día se iba a convertir en hombre, como dice San Pablo, para los que creemos en Cristo es absolutamente inimaginable cuál va a ser la condición de vida de resucitados, de hombres divinizados. Y por eso fue necesaria la Revelación, para que el hombre lo pudiera creer. El hombre nunca lo hubiera pensado por sí mismo. Eso es el Evangelio, que quiere decir "buenas noticias". Cristo no viene a decirles a los hombres: "Yo vengo a instaurar la fraternidad entre ustedes, vengo a acabar con la injusticia social, vengo a acabar con las neurosis, vengo a acabar con todos los problemas sentimentales", no, dice: vengo a decirles que aunque no tengan ningún problema de injusticia social o aunque todos viavan en igualdad aunque todos vivan contentos, igual hay una instancia, una dimensión nueva que yo les vengo a anunciar. Ustedes no son meramente hombres; yo los llamo, los invito a vivir la dimensión divina." Eso es lo original del cristianismo y es fundamental señalarlo. Yo me opongo violentamente a todos los que pretenden reducir a Cristo al papel de un guerrillero, de un reformador social. Jesucristo es mucho más ambicioso. No pretende crear una sociedad nueva, pretende crear un hombre nuevo y la categoría de hombre nuevo que asume el Che, sobre todo en su trabajo El Socialismo y el Hombre, es una categoría netamente cristiana que San Pablo usa mucho.

Sigue diciendo Jesús: "Al que me confiese delante de los hombres yo lo confesaré delante de Mi Padre y al que me niegue delante de los hombres, yo lo negaré delante de Mi Padre" Jesús insiste en esto muchas veces. "No el que me dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos." No el "chupacirios" sino el que hace la voluntad de Mi Padre. Aquel que realmente con los hechos, con su compromiso, hace la voluntad del Padre. ¿Cuál es la voluntad del Padre? El amor de los hermanos. Aquel que se juega por sus hermanos, se está adhiriendo a Cristo aunque no lo sepa. Y aquel que no se juega por sus hermanos, así pertenezca a cuarenta y cinco congregaciones, así tenga familiares curas y monjas por todos lados, ése, aunque le ponga cualquier cantidad de velas a San Cayetano, no es cristiano. Será fetichista, jugará a la magia, pero en todo eso no hay nada de religión cristiana. Por eso dije antes que el cristianismo no es una moral ni es una doctrina. Hay mucha gente que cree que ser cristiano significa saber muchas cosas sobre Dios, saber mucha teología. No, el demonio sabe de teología mucho más que todos los curas juntos y ¿para qué le sirve? Dice el apóstol Santiago, en su primera carta: "Los demonios creen, pero se estremecen". Creer, tener fe, no es saber que Dios existe. Mucha gente dice "sí, Dios existe pero a mí no me importa que Dios exista".

Crear no significa tanto saber que Dios existe como creer en Dios y, sobre todo, creerle a Dios, y esto significa: cuando yo le creo a una persona no me comprometo con esa persona, adhiero a esa persona. Y adhiero a lo que esa persona piensa. Y eso no es creer. Creer es adherir a lo que Cristo dice; en dos palabras se podría decir que es jugarse entero por los hombres. Eso es creer.

Lo que decide la amistad con Cristo es el compromiso con los hombres. De modo que hoy, un sacerdote realiza su rol sacerdotal en la medida en que se compromete hasta los tuétanos con los hombres. Hoy el compromiso de amor con los hombres es un compromiso político, en el sentido amplio de la palabra.

Añade Jesús: "No piensen que he venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz sino la espada." Esto no hay que entenderlo como pretenden algunos, como si Cristo viniera a invitarlos a la lucha armada. Este problema lo trata Cullmann que es un gran exégeta protestante, quizás el más grande exégeta que tiene el protestantismo y uno de los más grandes del cristianismo. Es respetado inclusive por los judíos, pues existe una gran coincidencia al respecto. Es uno de los exégetas — intérpretes de la Sagrada Escritura que se mueven con pautas científicas— observador del Concilio Vaticano II y amigo personal del papa Paulo VI. En su libro Jesucristo y los revolucionarios de su tiempo, Cullmann señala que Cristo rechaza como satánica la tentación de erigirse en líder guerrillero, en líder político, tentación a la que lo quieren llevar algunos de sus seguidores. Tres de ellos por lo menos, según Cullmann, eran ex guerrilleros: Pedro, el primer Papa, que en la noche de Getsemaní saca rápidamente la espada y con toda precisión le corta la oreja a Maleo y muestra así que está acostumbrado a usar las armas; Simón, llamado el Zelote, y Judas Iscariote. Por lo menos esos tres, dice Cullmann, habían formado parte del ejército de Liberación Palestino de la época, los zelotes, que luchaban contra el imperialismo romano. Cristo rechaza como satánica la tentación de ponerse al frente de ese ejército de liberación para liberar política y socialmente a su pueblo.

Todo esto está simbolizado en las tentaciones del demonio en el desierto. Jesús pretende crear un nuevo tipo de relación entre los hombres, pretende crear un nuevo tipo de hombre que va a llevar a una profunda revolución en las estructuras. Los primeros cristianos fueron los únicos que vivieron en comunión total de bienes, como se puede ver en el libro Hechos de los apóstoles. En el capítulo IV, versículo 32 leemos: "La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma; y ninguno tenía por propia cosa alguna." Fíjense que no se está hablando de los medios de producción, que casi no existían en la época de Jesús, sino de los bienes de uso. Nadie consideraba que sus zapatos eran propios; todo lo tenían en común.

No había indigentes entre ellos porque los dueños de haciendas y casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido a los apóstoles y a cada uno se le repartía según su necesidad. Marx y Lenin al postular la comunidad de bienes no hicieron más que parafrasear, copiar el Evangelio. Cuando Marx habla de dar a cada uno según su trabajo o a cada uno según su necesidad, que para mí es profundamente evangélico, no hace más que asumir ese contenido. El primer trabajo intelectual que produjo Marx, a los 17 años, es muy poco conocido y se llama La unión de los creyentes con Cristo. Es un estudio sobre el cuerpo místico de Cristo. Y cuando Lenin dice: "El que no trabaja no comea, repite lo que dijo San Pablo en el siglo I. Tertuliano le decía a un pagano en el siglo II: "Nosotros, con relación a ustedes, tenemos todo en común menos una sola cosa: las mujeres. Ustedes no tienen nada en común salvo las mujeres. Esa es la diferencia entre ustedes y nosotros." Cómo cambiaron los tiempos. Si hoy realmente los que se dicen católicos en la Argentina pusieran todas sus tierras en común, todas sus casas en común, no habría necesidad de reforma agraria, no habría necesidad de construir ni una sola casa. Los casi tres millones de personas que viven en Villas Miserias en la Argentina, o en conventillos infames y en cuevas —como los indios con los que estuve en Los Toldos, en la provincia de Buenos Aires— podrían vivir confortablemente bajo techo sin que se construya una sola casa más en el país. Onganía reconoció que solo en Buenos Aires había setenta mil departamentos vacíos; hoy hay ciento diez mil departamentos vacíos en la Capital Federal. Si esta fuera una sociedad cristiana, la gente de las Villas tendría derecho a ocuparlos. Ya de hecho lo han concretado en Córdoba. Un grupo de gente de una villa de emergencia se apoderó de un monoblock y allí están. No han hecho más que recuperar lo que les corresponde. Porque cuando la

gente dice "esto es mío" quién decidió que es suyo? El Código Civil Argentino. Pero el Código Civil fue una avivada de doscientas familias que ya se habían apoderado de las tierras y por eso podían decir: "cada uno tiene derecho a ser propietario de aquello que tiene". Claro, si todos hubieran largado a cero kilómetro en materia de tierras, muy bien, pero los señores Pereyra Iraola y Menéndez Behety ya eran dueños de media Argentina cuando dijeron "hay que respetar la propiedad privada". La única propiedad privada que tiene la gente de las Villas es el aire. Ninguna otra.

Y sigue diciendo Jesús: "Acá he venido a traer la espada". ¿Qué significa? He venido a traer la contradicción dentro del hombre. La espada significa la división interna, porque todo ser humano tiende a lo que es fácil, a lo que es cómodo. No en profundidad. Por eso en la vida es muy importante hacer lo que uno quiere. Pero son muy pocas las personas que hacen lo que quieren. Porque la mayoría de las veces las personas no hacemos lo que queremos, sino lo que nos gusta, lo que tenemos ganas de hacer. Muchas veces descubrimos que lo que tenemos ganas de hacer no es lo que queremos. Por eso no somos felices, por eso estamos angustiados. Precisamente este tipo de sociedad en el que vivimos, tiende de manera permanente, a distorsionar nuestra interioridad, a sacarnos un poco de quicio. Por eso es muy importante un valor que propone el cristianismo para los cristianos, pero que tiene valor para todos los hombres: lo que tradicionalmente llamamos la oración, la plegaria, que es la reflexión interior, que hace que el hombre viva un poco desde sí mismo. En la Biblia hay una frase en el libro del Eclesiastés: "La tierra está vacía, desolada, porque no hay nadie que se recoja en su corazón." Si cualquier domingo se clausuraran todos los cines, todas las canchas de fútbol, todos los hipódromos y todos los televisores, el noventa por ciento de los porteños estarían neurotizados porque tendrían que encontrarse consigo mismo. Y para la mayoría de las personas encontrarse consigo mismo es experimentar el vacío. Es encontrarse con la carencia de interioridad. Jesús precisamente nos viene a decir eso: "Toda bienaventuranza es un llamado a los hombres a vivir desde el fondo de sí mismos". Y no desde la superficie. A buscar, no el camino del placer, sino el camino de la alegría. El camino del placer es el camino cómodo, con satisfacciones intensas pero cada vez menos profundas y más deteriorantes. En cambio, el camino de la alegría que en Cristo, está unido permanentemente a la cruz, al renunciamiento, a la purificación, es el ensanchamiento del corazón. Es el camino de la creación, de la fecundidad.

"He venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su propia casa; el que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí no es digno de mí. Y el que no toma su cruz no es digno de mí." Jesús dice que el que toma su cruz reconoce que cada camino humano es un camino original. En la visión cristiana, Dios no se repite en la Creación. Dios no ama más a uno que a otro; ama a cada uno con un amor único, con un amor original. Es como una madre sana que aunque tenga cinco hijos no ama más a uno que a otro sino que a cada uno lo ama con su amor único. En esto no se puede hablar de más o de menos.

En el encuentro de Jesús con la mujer adúltera, con la samaritana, con Zaqueo, queda claro que aquel que le dice sí a Cristo experimenta una profunda alegría aunque comprenda que su vida tiene que cambiar radicalmente. Dice Jesús: El reino de los Cielos es como un tesoro perdido en un campo; el que lo encuentra vende todo lo que tiene y compra ese campo." Siempre es una cosa radical. Hay que vender todo.

Veamos el episodio de Zaqueo: Zaqueo era un sinvergüenza, un explotador, que se había enriquecido explotando al pueblo judío al servicio del imperialismo romano. Zaqueo era un publicano. Los publicanos eran recaudadores de impuestos; se los cobraban a los judíos para entregárselos a los romanos. Ningún judío aceptaba ese trabajo si no sacaba una buena tajada porque era despreciado por sus compatriotas. Ustedes saben que Israel era una teocracia, y que el que no pertenecía al pueblo elegido era despreciado. Esta mentalidad desgraciadamente prevaleció bastante entre los católicos, casi hasta la llegada del Concilio Vaticano II, de Juan XXIII. Los católicos mirábamos a los judíos y a los protestantes, y ni hablemos de los comunistas, de los ateos, como seres de segunda clase. Como seres humanos se salvarán, por misericordia de Dios, pero de

hecho eran herejes. Ir a una ceremonia judía o protestante, era como estar excomulgado. Recién el papa Juan XXIII empezó a hablar de los hermanos separados, después de los hermanos en Cristo y ahora ya directamente el Papa no habla sólo a los cristianos, sino a todos los hombres de buena voluntad. El Concilio Vaticano II dice que, en cierto sentido, pertenecen también a la comunidad de los hijos de Dios. Porque la Iglesia no es solo una estructura jurídica, no es solo la comunidad de los bautizados, en cierto sentido, también es la comunidad de los hombres de buena voluntad, de todos aquellos que viven de acuerdo con su recta conciencia. Todos aquellos que buscan sinceramente la verdad tal como la entienden. Entonces pueden ser ateos, marxistas, agnósticos, musulmanes, cristianos, etc., que buscan sinceramente la verdad. Que están abiertos de una manera no egocéntrica hacia los hombres. Que viven una tensión de amor hacia los otros, que además es una actitud psicológicamente sana.

En el Capítulo XIX de San Lucas, donde se habla del episodio de Zaqueo al que nos referíamos, podemos leer: "Jesús atravesó Jericó", es el que viene a buscar a Zaqueo, esto es muy importante, ya que es Jesús el que toma la iniciativa. Zaqueo era jefe de publicanos y ricos; trataba de ver a Jesús pero a causa de la muchedumbre no podía, porque era de poca estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verlo, porque Jesús iba a pasar por allí. Es decir, Zaqueo se sube, no importa el que dirán, aunque es un funcionario, un tipo importante, se sube al árbol, tan petiso como era y no le importa enfrentar el ridículo. Quiere ver a Jesús. El Evangelio dice que ver a Jesús, aceptar a Jesús, es salir un poco de la mediocridad, salir del que dirán, romper un poco las pautas de la convivencia, que a veces, para una vida creadora son asfixiantes. Y cuando llega a aquel sitio Jesús levanta los ojos. Cómo no los iba a levantar si lo iba a buscar a Zaqueo y le dice: "Zaqueo, baja pronto, porque hoy me vas a hospedar en tu casa". Una de las características típicas de Cristo en el Evangelio es que a todo aquel que se abre a Cristo, en seguida Cristo se le entrega totalmente. Cuando Jesús le dice a la Samaritana: "Anda a buscar a tu marido" ella le contesta "No tengo marido". "Claro que no tienes marido ahora porque has tenido cinco, y el hombre con que estás viviendo ahora no es tu marido." Pero Jesús no le dice todo esto para humillarla. Por el contrario, la ayuda y le hace ver que a pesar de su situación de pecadora, puede cambiar radicalmente su vida. Y a partir de ese momento la Samaritana se convierte en apóstol de Cristo. Esa mujer cree que Cristo le puede cambiar la vida. Confía y eso es muy importante.

Jesús siempre tiene una mirada positiva frente al hombre. Ya Juan XXIII advertía contra los "pájaros de mal agüero", los profetas de la desgracia, que siempre están mirando lo negativo de los demás. Porque el ladrón piensa que todos son de su condición. Jesús no.

Jesús siempre piensa que en el hombre hay mucho más para amar que para despreciar y esto en cualquier ser humano.

Hay una expresión muy linda de Juan de la Cruz, que yo creo es la expresión de lo que Cristo fue como hombre que dice: "Pon amor donde hay amor y encontrarás amor." Y hay un santo no muy conocido que dice: "Aquel que es puro, todo lo ve puro."

Dijo Jesús: "Zaqueo, baja pronto, porque hoy me hospedaré en tu casa. Él bajó corriendo y lo recibió con alegría", dice el Evangelio. Con alegría. Esto es lo que yo quería señalar. El encuentro con Cristo es un encuentro en la alegría. Pero porque es un encuentro de entrega total. Al ver esto todos murmuraban por qué Jesús habría ido a comer a la casa de un hombre tan pecador. Pero a Cristo le importa un pito el que dirán. A él le interesa esa persona.

Zaqueo, de pie, le dijo al Señor: "Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres. Y si a alguien he defraudado en algo, le devolveré cuatro veces esa cantidad."

De modo que el rico se hace pobre. Jesús no le dijo nada. Pero Zaqueo, simplemente, comprende que no puede haber amistad con Cristo si no es en el cambio radical de la vida.

El padre Arrupe en el documento que ya señalé, sobre cuál debe ser el compromiso del jesuita hoy, del sacerdote en general, señala al referirse a esa radical exigencia de Cristo: "Cuanto más verdaderamente viva toda la Iglesia el misterio de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, mejor sabrá la Iglesia cómo su Señor da su vida por la vida del mundo, renunciando a los poderes malignos que defienden nuestra existencia social." Hoy, a esos poderes malignos los podemos

llamar imperialismo internacional del dinero y oligarquías nativas que son las que le chupan la sangre al pueblo siguiendo, precisamente, a ese imperialismo.

Esas minorías se han enriquecido a costa del sufrimiento del pueblo argentino y pretenden seguir usufructuando sus privilegios. En la medida en que un hombre de la Iglesia viva unido a Cristo, al misterio de Cristo, más dispuesto estará, como Cristo, a dar su vida por la causa del pueblo. "No hay prueba más grande de amor que la de dar la vida por los amigos" dice Jesús en el discurso sacerdotal de la Última Cena el Jueves Santo. Y él da la vida por sus ovejas. El buen pastor da la vida por sus ovejas. Por eso el cristiano debe estar dispuesto a dar la vida. A veces pensamos "bueno, sí, voy a dar la vida por la revolución, un día me van a colgar en una columna de Plaza de Mayo". Y hoy en día no es tan inverosímil pensarlo. Pero claro, no se trata solo de dar la muerte, se trata de dar la vida, de dar cada instante de la existencia y en este sentido, la revolución puede ser hoy la gran alienación, la nueva alienación. "Cuando venga la revolución voy a ser un hombre nuevo, y la propiedad y los medios de producción..." mientras tanto "deme otro whisky, porque como estamos en esta sociedad de consumo..." Puede ser la gran alienación, la nueva alienación. La revolución que un día harán otros ¿no? Sartre dice algo formidable en *A puertas cerradas*. Un personaje que era un pacifista, para quien todo el sentido de su vida era dar la vida por sus ideas pacifistas, en el momento en que le toca dar la vida, el tipo dispara. Pero eso sí, por sus ideas pacifistas.

Sartre dice, entonces el infierno es, en el fondo, la frustración del hombre en su capacidad de amar. Y el personaje se frustró en su máxima capacidad que era la de entregar la vida en testimonio de sus ideas.

Ese hombre, atormentado por su fracaso, dice ojalá viviera un rato más para poder cambiar la opción y morir por mis ideas. La mujer que está ahí con él, en el infierno, le contesta: "aunque hubieras vivido cien años más de vida jamás hubieras hecho ese gran acto heroico".

Porque el gran acto heroico se prepara con el pequeño acto heroico cotidiano. Yo me río de los universitarios que están en la ultra, ultra, ultra, y al día siguiente se tienen que levantar a las seis de la mañana para ir a dar sangre a un hospital y no van. ¿Por el pinchacito? Mentira, es una trampa.

Por eso es muy importante el valor que le da el cristianismo al aporte de la revolución interior.

Y tenemos que entrar en esto. Yo personalmente, como miembro del movimiento del Tercer Mundo, estoy convencido que en la Argentina solo hay salida a través de una revolución, pero una revolución verdadera, es decir simultánea: cambio de estructuras y cambio de estructuras internas.

Como decían los estudiantes franceses en mayo del 68, tenemos que matar al policía que tenemos adentro, al opresor que tenemos adentro. Porque a veces en la facultad usamos un lenguaje revolucionario y después tratamos a la persona a la que llamamos sirvienta (¿qué lenguaje de explotadores! ¿eh?) como cualquier cosa. ¿Cómo puede permitir un cristiano que la persona que trabaja para él -a condición de que él trabaje para otro- coma en la cocina y él en otro lugar? ¿Yo lo haría comer en la cocina a Cristo?

Hemos prostituido todo. Por eso todas las pautas sociales de las clases, cuanto más altas peor, claro, son totalmente antievangélicas. Es el espíritu del mundo que Cristo maldijo.

El cristiano, entonces, tiene que estar dispuesto a dar su vida. A poner todas sus energías al servicio de los hombres, en el caso de los sacerdotes. Ellos como hombres de Cristo deben estar dispuestos a la entrega de su vida. Por eso dice el padre Arrupe: "Ser sacerdote o ser religioso implica una radicalidad de grado mayor que la de una adherencia a una determinada opción sociopolítica." Si hoy muchos de nuestros hermanos se juegan el pellejo por la causa del pueblo, como yo, sacerdote, no voy a asumir mi compromiso, aunque sea doloroso, en la lucha por la liberación de mi pueblo, denunciando las injusticias e interpellando además a los cristianos para que ocupen su lugar en la lucha.

Hoy el sacerdote fundamentalmente tiene que asumir el mensaje de Cristo. ¿Cuál es el mensaje de Cristo? Cristo viene a decirles a los hombres que tienen una dimensión divina, como dije antes, que por lo tanto tienen que vivir ya acá, en la tierra, de acuerdo con esa vocación divina.

Arrupe señala bien qué condiciones encontró Cristo. Qué mundo encontró Cristo cuando vino a él. Muy parecido al que hoy encontramos los sacerdotes.

Primero: encontró el menosprecio que aquella sociedad en la que él vivía —como tantas otras— tenía cultural y estructuralmente por el pobre, por el oprimido, por el hombre de condición humilde y por el extranjero. Para Cristo cada hombre es imagen y semejanza de Dios, por lo tanto, ofender a un hombre es ofender a Dios. Y el rol del que es ministro de Cristo es asumir la defensa del hombre, y sobre todo del pobre, del oprimido. Hay gente que dice: "Ah, ustedes los sacerdotes, tanto hablar ahora de los pobres, ¿por qué no se ocupan de los ricos?" Creo que sí, el sacerdote tiene el deber de ocuparse de los ricos. Su misión frente a los ricos es interpelarlos. Lo que pasa es que los ricos no quieren que uno se ocupe de ellos. Porque mi misión como sacerdote es denunciarlos. Yo tendría un problema de conciencia si no le hiciera ver al rico que si no cambia de vida, debe poner sus bienes al servicio de la comunidad. Ricos podemos ser todos en algún sentido. Pero Cristo se refiere fundamentalmente a los ricos, a los que tienen plata, porque también podemos ser ricos en fe, en visión de la vida, en capacidad de amar, en cultura.

Segundo: Cristo encuentra la opresión y la alienación religiosa creada por una serie vastísima de preceptos ceremoniales y disciplinarios que servían ampliamente a los intereses de un sacerdocio dominante y que ahogaban el sentido humanista, creador y libre de la religión. Cristo denunció la alienación religiosa, la religión ritualizada. Si ahora viniera Cristo lo meterían preso en seguida por loco, por soliviantar al pueblo. Porque Jesús que viene a liberar al hombre, lo viene a liberar también de Dios, del Dios sargento, del Dios castrador, del Dios alienador, del Dios que pareciera tener celos del hombre, cuando ya los primeros padres de la Iglesia decían Gloria Dei vita hominis. ¿Cuál es la gloria de Dios? Que el hombre viva.

¿Qué es glorificar a Dios? No ponerle veinticinco velas a los santos. No. Sí ayudar a que un hombre sea más hombre. Si yo a este hombre lo ayudo a leer y escribir, glorifico a Dios, porque lo ayudo a crecer como hombre.

Y aquí está definido el rol del sacerdote: ayudar al hombre a ponerse de pie. No pararlo. Él solo se tiene que poner de pie. Ayudarlo a ayudarse: esa es la misión del sacerdote.

Hay que hacerle saber que el ponerse totalmente de pie es tener conciencia de la divinidad. Es la culminación de su liberación. La liberación, inclusive de su condición de hombre, después de haber asumido todo lo que significa ser hombre que es lo primero.

Tercero: Cristo encuentra la perversión práctica del sentido de la actividad humana reducida por educación, a la consecución de riquezas y de preeminencia social. Cristo dice que los hombres, en vez de tener relaciones de dominación unos con otros, deben tener relaciones de servicio. Aquel que tiene poder lo debe utilizar no para dominar sino para servir. "Los reyes de la tierra —dice Jesús— los gobernantes de la tierra, subyugan a los pueblos dominándolos. No debe ser así entre ustedes. Aquel que sea el mayor entre ustedes, se tiene que hacer el más pequeño." Recordemos el gesto simbólico de Jesús la misma noche en que es traicionado por Judas: les lava los pies a todos, inclusive a Judas. Y dice: "Yo, que soy el Maestro, les he lavado los pies a ustedes; ustedes también tienen que lavarse los pies los unos a los otros." Es decir, el que es más, debe ser el que más sirva. Por eso al Papa se lo llama —aunque algunos no hayan cumplido mucho con esto— "el siervo de los siervos de Dios".

¿Cuál es la acción de Cristo frente a esto? Es una denuncia perfectamente clara a insobornable de ese orden social. Orden al que hoy se lo puede llamar muy justamente, desorden establecido.

Desorden estratificado o violencia institucionalizada, que hace que todos los días mueran de hambre, en América Latina, treinta mil chicos. En lugar del desprecio al pobre y al enemigo, Cristo predicó el valor de las personas y antepuso, con insistencia, la pobreza y la persecución a la riqueza y al ejercicio del poder. Esta denuncia del desprecio hacia los pobres y hacia los enemigos, Cristo la fundamentó en la paternidad universal de Dios.

El sacerdote es por excelencia, el hombre que se ocupa de lo religioso. Pero hay que entender muy bien qué es lo religioso.

¿De dónde viene entonces el compromiso político de los sacerdotes?

En el año 1943, Pío XII dio una encíclica que se llama Divino Afilante Spiritu. Es una vuelta a la Escritura. Antes la Biblia estaba prohibida para los católicos. Y la Biblia es un libro muy carnal, muy concreto. En la Biblia no se define al hombre como un animal racional. Esa es una definición aristotélica pero no una definición bíblica. En la Biblia el hombre es polvo que respira. Es alma corporizada; cuerpo animado; no hay separación entre alma y cuerpo, inconcebible para el hebreo.

En un nivel más cercano para nosotros, en el año 1954, aparece un señor que se llama el abate Pierre que dice: antes que hablarle de Dios al hombre que no tiene techo, hay que darle un techo. Entonces comprendemos los cristianos que darle techo ya es hablarle de Dios. Mejor dicho, ayudarlo a que se dé el techo es ayudarlo a ayudarse.

Y eso es hablarle de Dios. Y esto lo van a decir los obispos en la declaración de San Miguel: humanizar es evangelizar.

Si hubieran dicho esto hace diez años los condenaban. Lo dijo Helder Cámara hace diez años y dijeron que era horizontalista, temporalista, que había perdido el sentido de lo sobrenatural. Hoy lo dice cualquier sacerdote normal, aunque no pertenezca a ningún movimiento de avanzada.

Humanizar es evangelizar. Lo que pasa que no es evangelizar integralmente. Evangelizar integralmente es hacerle ver al hombre que debe vivir con plenitud todos sus valores humanos, pero que está llamado a trascenderlos. A asumirlos en un nivel superior, que es el nivel divino. El hombre tiene un destino divino. Por eso cada ser humano aunque esté borracho o sea ladrón, es un ser con potencialidad divina. Y si es un desheredado, si vive en una Villa Miseria lo tengo que amar mucho más, me tengo que preocupar mucho más para que deje de vivir en un tugurio y pueda vivir con un trabajo que sea creador, para que pueda participar efectivamente en el poder, para que gobierne a través de aquellos que realmente lo representan, porque es hijo de Dios no es un cualquiera.

Para mí, cristiano, ésa es una experiencia importantísima. En la villa, aparte de que estoy con mis hermanos y estoy dispuesto, con la ayuda de Dios, a luchar por ellos, les puedo decir: "Ustedes están liberados, porque en la medida en que creen que son hijos de Dios empiezan a tomar conciencia, ya mismo, de su tremenda dignidad." Y esto es muy importante.

Al hombre, sobre todo al boliviano, al hombre que arrastra desde generaciones una conciencia de explotación y de opresión, le es muy importante tomar conciencia de su propia dignidad, para movilizarse, para organizarse y luchar realmente por acceder al poder. A través del compromiso político la Iglesia ha conseguido superar dos problemas.

Por un lado, el problema del dualismo: alma buena, cuerpo malo. ¡Qué daño terrible le ha hecho a la Iglesia esto! ¡Y qué bien lo estigmatiza Buñuel en La Vía Láctea y en tantas películas!

Y por el otro la superación del dualismo entre Iglesia y mundo. El documento más importante que ha producido la Iglesia Católica en el siglo XX es La Constitución, la Iglesia y el Mundo Contemporáneo, documento del Concilio Vaticano II que empieza diciendo: "Las alegrías y los sufrimientos, las esperanzas y las angustias de los hombres son las esperanzas, alegrías, sufrimientos y angustias de la Iglesia."

Es decir que la Iglesia tiene que asumir la causa de la liberación del hombre. Y en esto aparece un problema muy importante: la nueva visión del pecado que tiene el cristiano.

Hay un pecado personal, fundamental, que es el pecado de egoísmo. ¿Qué es pecar? Es tratar a una persona como si fuera una cosa. No es más que un solo pecado: el pecado contra el amor.

¿Cuándo el pecado es sexual? Cuando yo trato a una persona como si fuera un pedazo de carne y no una persona, cuando cosifico al otro, ahí hay pecado. Cuando utilizo al otro, ahí hay pecado. Cuando respeto a la persona del otro, ahí hay amor. Es decir que existe el pecado personal, el daño que yo puedo hacerle a José María o Juana, que es muy importante en la relación personal. Entonces se necesita la comprensión interior que me ha de Devar a cambiar la relación con José, Juan y Pedro y con la comunidad.

Pero está el pecado que él llama colectivo o estructural, que es fundamental, que significa romper, cambiar o destruir todas las estructuras que liberan a los hombres. ¿Cuáles son las estructuras opresoras? Aquellas que establecen un tipo de dominación de unos hombres por otros. Yo pienso

que el sistema capitalista liberal que nosotros padecemos es un sistema netamente opresivo, precisamente por eso. No solo porque hay muy pocos hombres que se aprovechan del fruto del trabajo de la mayoría, sino porque además las relaciones que se establecen son relaciones de dominación. Relaciones despóticas.

Por eso pensamos que entra perfecta y totalmente dentro de nuestra misión sacerdotal esa lucha, y nos alegramos que dos episcopados, el peruano y el brasileño, hayan asumido esa posición.

Por eso, como movimiento los sacerdotes del Tercer Mundo propugnamos el socialismo en la Argentina como único sistema en el cual se pueden dar relaciones de fraternidad entre los hombres. Que cesen las relaciones de dominación para que haya relaciones de fraternidad.

Un socialismo que responda a nuestras auténticas tradiciones argentinas, que sea cristiano, un socialismo con rostro humano, que respete la libertad del hombre. El padre Arrupe señala que en esto reside la médula de lo religioso, de la acción del sacerdote.

Cristo clamó, sin temor por las consecuencias que iban a ser fatales para él, por la liberación del ceremonial religioso al decir: Dios no viene para someter al hombre sino para liberarlo de los fariseos con todas sus reglamentaciones.

Ya dije antes que algunos creen que el cristianismo es una doctrina, entonces dicen sí, padre, yo soy filosóficamente cristiano, pero mi vida práctica no entra en esto. Otros dicen: yo soy cristiano porque fornico pocas veces, voy de vez en cuando a Lujan, y alguna vez voy a misa para calmar mi sentimiento de culpa.

Muchas veces, para algunas personas la misa es una especie de cafiaspirina espiritual. Entonces, voy a misa, no mato, no robo, hago de vez en cuando un pecadito para... cumplir. Cumplido con Dios. Yo les pregunto si puede haber una relación de amor entre Dios y una persona de ese tipo. Apliquémoslo en el orden humano. Entre Dios y un hombre que le dice al psiquiatra: "Me llevo bien con mi mujer, cumpro con mi mujer; los martes y los viernes tenemos relaciones sexuales, media hora, le doy el dinero que necesita, de vez en cuando le compro algo, últimamente menos pero, cumpro con ella, los domingos salgo... cumpro.

La medida del amor —decía Santa Teresa— es amar sin medida. Yo a esta terminología le aplico la terminología materialista de la sociedad en la que vivimos. Sociedad que rechaza la gratuidad, donde todo está utilitarizado. También la relación entre los seres humanos.

Y es la religión vivida así, como moral, la que se convierte en religión utilitaria. Cambio comunión por éxito en el examen. Pero por más que comulgue mañana, tarde y noche, si no sabe le van a hacer un agujero bárbaro en el examen.

Cambio novio por una vela a San Cayetano o a San Antonio. Eso es magia, no religión. Dios se ríe de todo eso. Lo primero que Cristo nos dice es que Dios jamás va a hacer la voluntad del hombre. Jamás. Para el cristiano el secreto de la dicha es comprender que tiene que hacer la voluntad de Dios. ¿Y cuál es la voluntad de Dios? Es una voluntad liberadora. Es hacer verdaderamente mi voluntad, pero mi verdadera voluntad, no lo que me gusta.

LOS VALORES CRISTIANOS DEL PERONISMO

Lo primero que debemos considerar es porqué hoy, los cristianos en general, se interesan por la relación entre peronismo y cristianismo. Por qué empiezan a cuestionarse sobre las dimensiones políticas de la existencia.

El proceso empieza, fundamentalmente, en 1943 con la "Divino Afilante Spiritu" en la que Pio XII invita a los cristianos a volver a la Biblia. Y como la Biblia es un libro camal, concreto e histórico en el que se muestra que Dios se revela a los hombres a través de la historia humana (lo que Juan XXIII va a llamar los signos de los tiempos) los cristianos empiezan a interesarse por este mundo.

Después de la gran influencia de Theilard de Chardin, del marxismo, de los grandes profetas de la iglesia contemporánea y de los grandes profetas de nuestro tiempo como Camilo Torres, Helder Cámara, el "Che" Guevara, Marx, Freud, es decir de todos aquellos hombres que se han preocupado por el hombre y por la aventura humana.

Cuando empezamos a volver a la Biblia, empezamos a descubrir que Dios se revela a los hombres a través de la historia, para este descubrimiento también contamos con los grandes documentos de la Iglesia: Concilio Vaticano II, la constitución de Gadium et Spes, la Populorum Progressio y su aplicación para América latina que es Medellín y la aplicación de Medellín en la Argentina, que es San Miguel.

En síntesis, podemos decir que los cristianos, que habíamos privilegiado la relación personal en el amor, empezamos a descubrir que además de esa dimensión absolutamente irremplazable, los hombres están condicionados; como dice el Papa en la Octogésima Adveniens, determinados por las estructuras en las que viven. Por lo tanto, tengo que amar a los seres humanos y amar las estructuras que contribuyen a que esos seres humanos se realicen como hombres, a que vivan creadoramente. Y debo tratar de destruir o modificar las estructuras que les impiden vivir de esa manera. Y aquí entra todo lo que hace a la dimensión política.

En 1954 aparece ese gran profeta que fue el abate Pierre, del que ya hemos hablado, y ocho años después en América latina Camilo Torres, otro profeta que dirá: "Los que hoy no tienen techo en América latina son legión, por lo tanto, el modo de lograr que esos hermanos míos tengan techo es hacer la revolución." Es decir, cambiar las estructuras de manera radical y posibilitar que el pueblo acceda al poder.

El año último, cuando fuimos a misionar al Chaco santafecino, por la mañana, se hacían las visitas a las casas para ver si la gente necesitaba ropa y para invitarlos al culto de la tarde. Personalmente pienso que hay una dimensión fundamental de esa misión rural: la de preocuparnos siempre por el anuncio explícito del mensaje de Cristo. No basta sólo con comulgar con los problemas humanos de los hombres. Desde el vamos tenemos que hablar explícitamente del mensaje de Cristo, hablar de que Cristo no sólo viene a liberar al hombre de la enfermedad, la injusticia, el egoísmo... sino que le da la posibilidad de adquirir la dimensión del hijo de Dios. Y esta es una dimensión superhumana, como la llama Theilhard de Chardin, es la dimensión divina.

En esa misión cuando una chica llegó a un rancho una viejita le dijo "a mí qué me vienen a hablar de Dios si me estoy muriendo de hambre". A los muchachos esto les dolió profundamente porque sentían en carne propia el dolor de los pobres. A la tarde organizamos una reunión con hacheros, vinieron unos noventa y cinco que además era la primera vez que estaban en una reunión y uno de ellos empezó a decir: "yo soy la alpargata del patrón".

Ni el mejor literato, ni Borges hubiera dicho las cosas con tanta precisión y claridad.

Como cristianos descubrimos entonces que nuestro amor y nuestro compromiso de evangelización tiene dos dimensiones: el amor personal y el amor colectivo. Y esto no es nuevo sino que es descubrir las entrañas bíblicas del mensaje cristiano.

Voy a comentar brevemente el documento "Justicia y pastoral popular" del Episcopado Argentino porque entronca directamente con la valoración del problema social del peronismo.

Este documento me parece que da un enfoque revolucionario del pecado, de qué es la plenitud del hombre para nosotros cristianos. Pero en la Iglesia lo más revolucionario es lo más tradicional, porque después de 2000 años de vida no se ha inventado nada nuevo.

Cuando se nos dice que por ser curas del Tercer Mundo queremos cambiar la Iglesia, contestamos que no, que queremos volver a la auténtica tradición de la Iglesia. Es decir, que la Iglesia asuma hoy los mismos valores que asumió la comunidad prototípica para los cristianos. Esa comunidad prototípica en la que todavía resonaba la voz de Cristo. Es decir, la primera comunidad cristiana que vivió en auténtica comunidad de bienes (Hechos de los apóstoles, capítulos 2 y 4).

Dicen los obispos: "Afirmamos que el ejercicio de la virtud, de la justicia, se encarna en la vida entera de la sociedad..." "No es solo una actitud personal, no basta con darle a cada uno lo suyo individualmente. "El pecado se da siempre en el interior del hombre ..."

Esto es muy importante tenerlo en cuenta porque ninguna revolución y económica podrá crear el hombre nuevo que todos buscamos, si simultáneamente no se da la revolución interior. Lo que los cristianos llamamos la conversión personal que es absolutamente irremplazable.

Eso es lo que dice Mao cuando preconiza la revolución cultural proletaria, dice: no basta cambiar las estructuras. Mao tiene conciencia de la tremenda experiencia soviética donde es evidente que se hizo una revolución económica social, pero no una real revolución cultural ni una real revolución política. El pueblo no accedió al poder, hay una burocracia parasitaria que se impone entre ambos.

Para nosotros, los cristianos, la auténtica revolución cultural significa formar hombres que vivan en función de servicio hacia los otros. Hombres que sean capaces de crear y no como en la Unión Soviética, donde pareciera que el prototipo de hombre que se busca es cada vez más, el hombre consumidor. Es decir, no hay auténtica revolución y Mao tiene plena conciencia de esto, por eso señala (en mi opinión por influencia evangélica, aunque no lo sepa) que la revolución debe estar permanentemente revolucionada.

Nosotros lo sabemos porque sabemos que la verdadera y auténtica revolución se va a dar cuando venga Cristo: en la escatología. Y tenemos que tratar de acelerar la venida del Señor tratando de modificar la tierra.

"...El pecado se da siempre en el interior del hombre..." Y los obispos dan una definición de pecado que la puede entender cualquier ateo: "Pecar es rechazar el amor e instalar la injusticia (y ahora viene lo novedoso) pero del corazón del hombre el pecado pasa a sus actividades, a sus instituciones, a las estructuras creadas por él." Y por eso creo que ahora discutimos el peronismo.

Dicen los obispos: "Cuando Dios revela su designio divino como plan para los hombres, la justicia no aparece solo como un don personal —José varón justo— sino como un estado del pueblo. De tal modo que es el pueblo todo quien está en situación de pecado cuando se cometen injusticias, se las consienten o no se las reparan." Por eso en este momento en la Argentina estamos en pecado grave y no podemos comulgar si en realidad no estamos haciendo algo eficaz, en la medida de nuestras posibilidades, para remediar este estado de injusticia. Una injusticia que se traduce en un índice cada día mayor de mortalidad infantil, de desocupación, y en ese nuevo pecado colectivo de nuestra patria: la tortura.

En la Biblia hay un caso muy concreto, cuando Dios decide acabar con Sodoma y Gomorra porque allí se cometían pecados sexuales contra la naturaleza. No es que todos los sodomenses fueran sodomitas. No. Unos cometían el pecado por vía directa, otros lo consentían o pasivamente lo toleraban. Creo que si en este momento un cristiano no hace algo eficaz para que acabe la tortura en nuestra patria es un cotorturador de sus hermanos, porque en la medida en que no hago algo positivo soy cómplice.

Algunas personas dicen "no soy violento". Pero la Iglesia siempre justificó la violencia justa y condenó la injusta. Es decir que ser no violento no significa ser pasivo sino significa denunciar la violencia del sistema aceptando que recaiga sobre uno. El cristiano puede o no estar dispuesto a matar —y esto por razones de conciencia, de información o de ideología— o sea a responder o no a la violencia con la violencia que sufre. Pero lo que no puede dejar de ver es que debe estar dispuesto a morir y esto es clarísimo.

Dicen los obispos: "Como la vocación suprema del hombre es una sola, la divina..." Creo que lo más importante que nosotros hacemos en la Villa es hacerle tomar conciencia a los villeros de que son hijos de Dios. Y creo que para un hombre tomar conciencia de que es hijo de Dios es tremendamente dinamizante. Porque si soy hijo de Dios no voy a dejar que el patrón me ponga el pie encima. Es una consecuencia lógica.

No me voy a dejar aplastar porque tengo una dignidad. Creo que es muy importante que cada uno aprenda a amarse a sí mismo porque quien no se ama a sí mismo no ama a nadie. Cuando digo amarse a sí mismo no digo contentarse consigo mismo sino que necesariamente supone exigirme a mí mismo.

"Como la vocación del hombre es una sola, la divina..." la misión del hombre es una sola: "salvar integralmente al hombre". Por eso ya la Iglesia no habla más de salvación a secas. Dice liberación o salvación integral para evitar todo maniqueísmo. "En consecuencia, la evangelización comprende necesariamente todo el ámbito de la promoción humana. Es nuestro deber trabajar por la liberación total del hombre e iluminar el proceso de cambio de las estructuras injustas y opresoras creadas por el pecado."

En abril de 1969, los obispos hacen un diagnóstico de la realidad que actualmente tiene plena vigencia: "Comprobamos que a través de un largo proceso histórico, que aun tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta." Es decir, no es un cambio de hombres o de gobierno sino que es un cambio de estructuras, de sistema. "La liberación debería realizarse en todos los sectores donde hay opresión. En el orden jurídico, en el político, en el cultural, en el económico y en el social".

En el orden jurídico hay una ley anticomunista que afirma que todo argentino es comunista a menos que demuestre lo contrario. O como el Código Civil, cuya génesis ya he explicado.

En el orden político todos sabemos la marginación en la que vive nuestro pueblo y las dificultades de las corrientes populares para abrirse paso hoy. Basta con decir que el gobierno que tenemos fue elegido por tres personas.

En el orden cultural! hay opresión porque el pueblo y entiendo aquí por pueblo fundamentalmente a los oprimidos, a los trabajadores, no tienen acceso a la enseñanza superior y tienen difícil acceso a la secundaria y aun a la primaria. A veces porque no hay bancos y si los hay, porque los chicos tienen que lustrar zapatos para que la familia aguante. Además de esto nuestra enseñanza es tecnócrata y colonialista, para gente que no moleste, que no incomode el día de mañana y se adecúe a este sistema montado sobre la base del lucro. —

En el orden económico y social, los obispos dicen que nuestra estructura económica es anticristiana y opresora. Primero, porque en lugar de estar la economía al servicio del hombre, el hombre está al servicio de la economía. Segundo, porque lo social está subordinado a lo económico con las consecuencias que acarrea. "La subordinación de lo social a lo económico, impuesta por la acción de fuerza foráneas (podemos nombrarlas: Fondo Monetario Internacional, Banco Internacional de Desarrollo, etc., etc.) sectores y grupos internos de opresión (A.C.I.E.L., Sociedad Rural, Unión Industrial, etc.) que se manifiesta en los desequilibrios regionales (desde que empezó la Revolución Argentina emigraron más de 200.000 tucumanos, y esto en una sola provincia) y en las racionalizaciones que provocan desocupación e inseguridad".

En el orden social el índice de mortalidad infantil y de desocupación son cada vez mayores.

"Frente a esto qué hay que hacer", se preguntan los obispos y responden: "El proceso de liberación deberá contener siempre el aporte fecundo de los auténticos valores y sanas tradiciones originadas desde el comienzo de nuestra nacionalidad, que reflejan el sentir y espíritu de nuestro pueblo".

En el documento pastoral popular se vuelve a hablar de asumir las sanas tradiciones de nuestro pueblo: "La Iglesia debe estar encarnada en el pueblo. Para encamarse e insertarse en la experiencia nacional del pueblo argentino, la Iglesia tiene el ejemplo en la imagen de Cristo. La Iglesia deberá acercarse especialmente a los pobres, oprimidos y necesitados y viendo ella su propia pobreza y renunciando a todo lo que puede parecer deseo de dominio. La Iglesia debe discernir acerca de su salvación liberadora o salvífica desde la perspectiva del pueblo". La acción de la Iglesia debe estar

orientada hacia el pueblo, pero también desde el pueblo mismo. Y creo que esto es fundamental para hacer una valoración del peronismo. Porque una cosa es mirar el peronismo desde los pobres, desde el pueblo, y otra cosa es mirarlo desde la clase media o desde la oligarquía.

Yo he vivido personalmente esa experiencia con plenitud. Yo fui antiperonista hasta los 26 años y mi proceso de acercamiento al peronismo coincidió con mi cristianización. Es decir, en la medida en que descubrí en el Evangelio, a través de la Teología que Iglesia es de todos pero ante todo es de los pobres, como decía Juan XXIII y que Cristo evangeliza a todo sin distinción de personas, pero sí con distinción de grupos y prefiere a los de su propia condición, a los pobres, empecé a mirar las cosas desde otro punto de vista.

Podríamos seguir citando documentos en los que se hace un llamamiento a la acción política. Podríamos citar la "Octogesima Adveniens", donde al final el Papa dice: "Es un deber de todos los cristianos hoy, entrar en la lucha por transformar la sociedad, o renovar el orden temporal". Aquí el Papa no hace distinción entre curas, monjas y laicos, sino que dice "todos los cristianos". Esa es la acción política; la acción que tiende a transformar, a modificar la sociedad. Por eso Santo Tomás dice que la acción política es la más noble de todas las actividades, porque no tiende al bien de uno o de algunos, sino al bien de todos, de toda la sociedad.

Ser cristiano es, fundamentalmente, aceptar a Cristo, creerle a Cristo y creer en Cristo y por lo tanto responderle. La vivencia cristiana supone una obediencia a la fe en el Señor. Y uno le cree a Cristo no por lo que piensa sino por lo que hace... "Ustedes son mis discípulos, si hacen lo que yo les digo..." "No, el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos sino aquel que hace la voluntad de mi Padre."

Entonces yo tengo que hacer, tengo que optar en concreto y toda opción concreta está cargada de historicidad y por lo tanto es relativa. ¿En qué reside la diferencia entre lo cristiano y un movimiento político como es el peronismo? Los valores cristianos son propios de cualquier época, trascienden los movimientos políticos, en cambio el peronismo es un movimiento que asume los valores cristianos en determinada época.

¿Cuál es la medida que tengo para darme cuenta de que hoy el peronismo es el movimiento histórico al que yo pienso, debe acceder naturalmente un cristiano para mirar las cosas del lado de los pobres? Y esto no significa que no se puede ser cristiano y no peronista. Lo que sí me parece más difícil es ser cristiano y antiperonista. Aunque en la adhesión a cualquier movimiento político, un cristiano debe siempre mantener una distancia crítica desde la fe. Tiene que revitalizarlo, que no significa minimizarlo. Puede adherir a él pero un cristiano sabe que un movimiento político no va a crear la sociedad perfecta, va a realizar sí determinados valores pero también corre el riesgo permanente de desvirtuar esos valores. Pero puede criticarlo solo en la medida de su participación en el proceso, en la medida en que no esté mirando el partido desde afuera.

¿Cuál es ese juez que me permitirá valorar si el peronismo es hoy la instancia histórica a través de la que me interpela Cristo, a través de la que voy a mostrar mi amor a mi pueblo y a mis hermanos? El juez es la gente, el pueblo, los oprimidos. La categoría pueblo casi coincide con la categoría pobres aunque no la abarque totalmente.

Yo sé por el Evangelio, por la actitud de Cristo, que tengo que mirar la historia humana desde los pobres. Y en la Argentina la mayoría de los pobres son peronistas, para decirlo de manera muy simple.

Aquí tendríamos que hacer una distinción entre el ideólogo y el político.

El ideólogo se maneja con ideas que tienen mucha claridad, pero siempre se refieren al fin que hay que alcanzar, es escatológico. No se refiere a lo que es actual. Un ejemplo serían los que adhieren al ERP o al Partido Comunista. Un militante del ERP, por ejemplo, diría: Todos los hombres son iguales y tengo que establecer cuanto antes sea esa igualdad." Trata de poner en el presente lo que es del futuro. "Hay que suprimir todas las clases sociales, ya" y ahí surge el problema de los medios a emplear.

Ahora bien, en esto de la supresión de clases, yo como cristiano pienso que si bien desde el punto de vista económico debe haber una desaparición de las clases, sostener la total igualdad de los

hombres es desconocer la realidad del pecado. Para mí, cristiano, la plena igualdad sólo se dará cuando venga el Señor y no antes. Pienso que en esto reside el error del marxismo y de los marxistas. Privilegian al hombre económico y se olvidan del político, por eso les es difícil entender el peronismo, que privilegia más lo político que lo económico.

Como privilegia lo económico el marxista afirma la prioridad de la lucha de clases pero desde el punto de vista económico.

El político, en cambio, en lugar de manejarse escatológicamente, maneja las fuerzas existentes. Actúa como quien tiene que tomar decisiones. Por ejemplo, las tres grandes banderas del peronismo —independencia económica, soberanía política y justicia social— son pautas acequibles, como el programa del Frente que propone Perón es un programa mínimo de coincidencias, no es el programa definitivo. Lo escatológico en el peronismo es el socialismo nacional hacia el que tenemos que apuntar, pero la pregunta que hoy se hace el político es: ¿Qué pasos puedo dar ahora para ir implantando el socialismo nacional?

El peligro del ideólogo es el sectarismo que lo lleva a una estructura en el fondo racionalista y lo lleva a separarse de la realidad.

El peligro del político es el populismo, a veces la utilización de los medios le puede hacer olvidar los fines.

Los cristianos siempre hemos tendido a ser ideólogos, siempre le hemos tenido mucho miedo a la realidad concreta porque es ambigua. Y mientras nos preguntamos si estará bien, si estará mal, el problema ya lo habían resuelto otros. Siempre quisimos la opción pura y perfecta y la política es una cosa sucia que nos obliga a arriesgar, nos obliga a optar con probabilidad. En el fondo la opción política siempre es por el mal menor, siempre estoy eligiendo de esta manera porque el bien perfecto no existe.

En el Evangelio Jesús no nos reprueba por haber optado mal, a menos que nuestra opción nos sea imputable por irresponsabilidad o por falta de preparación, no condena al que usó el talento y no lo hizo fructificar mucho, condena al que guardó el talento, al que no lo quiso, arriesgar, al que por miedo a equivocarse no hace nada.

Ya dije que Dios no elige personas, habla con todo el mundo. Con María Magdalena, con Mateo, con Zaqueo, con los fariseos, con Simón el leproso que era fariseo. Pero sí elige grupos. A los fariseos les dice: "Ustedes son amigos del dinero" y también se las agarra con el Sanedrín, que eran los sacerdotes y estudiosos, el gabinete al que Roma le había dado todo el poder de las relaciones exteriores.

Jesús no prefiere a los fariseos o los doctores, prefiere a la gente inculta. Jesús anuncia, fundamentalmente, la liberación de los pobres. Y de ahí el problema que se le plantea al Sanedrín. "Si éste sigue así, todo el pueblo lo va a seguir, todos van a ir detrás de El." Y eso que hay que reconocer que los fariseos eran gente popular, un poco los maestros, eran generosos, fraternales, insertada en el pueblo, pero cuando aparece Jesús, el pueblo lo sigue. ¿Por qué? Porque Jesús está con el pueblo.

Cuando los fariseos se referían al pueblo decían "esa gente", como ahora se dice "esa gente de las villas". Y esa gente elige a Jesús y es elegida por Jesús.

En otra época, la gente era realista, estaba acostumbrada a proyectarse en el rey, pero ahora eso no basta, el hombre ha tomado conciencia de su dignidad, cada hombre quiere ser responsable, protagonista, quiere poder decidir su destino que puede ser un acto de gracia o de pecado. Para el cristiano hoy se abre un nuevo campo al servicio de la gracia: el acto de decidir políticamente.

El que roba a la gente su derecho a decidir y es el caso de los militares en la Argentina, está en pecado porque les roba el derecho de santificarse al elegir.

Para poder santificarme, para poder realmente crecer en el amor a Dios y a mis hermanos, tengo que servir con capacidad creadora. No debo renunciar a mi derecho a decidir y tengo que hacerlo con fuerza aunque sin odio.

El 17 de octubre de 1945 el pueblo decide. Descubre un hecho concreto: un hombre lo interpela y lo interpreta y el pueblo comienza a santificarse, a liberarse al decidir.

Hay un artículo muy interesante del padre Dri en la revista Envido, número 5, "Peronismo y marxismo frente al hombre" donde pueden advertirse claramente los valores cristianos del peronismo.

El padre Dri critica al marxismo como una ideología del centro, como una ideología que surge en Europa, una ideología racionalista, que tiende, como ya dije antes, a privilegiar sobre todo lo económico-científico. Aunque eso de científico habría que ponerlo entre comillas, porque hay que ver si realmente es científico, o si es mitificación de la ciencia. Y dice que en los grandes movimientos liberadores, como por ejemplo la revolución cubana, la revolución china y el movimiento peronista, se tiende a privilegiar el proyecto humano, la valoración del hombre, de lo nacional y de lo religioso.

Así, por ejemplo, la muerte del "Che" provoca el siguiente juicio de Perón: "Hoy ha caído en esta lucha como un héroe, la figura más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica. Su muerte me desgarró el alma. Es un ejemplo de conducta, de desprendimiento, de espíritu de sacrificio, de renunciamento..." Y no hay nada de científico en este juicio, es un juicio ético. "...la profunda convicción en la justicia, de la causa que abrazó y le dio tuerza, el valor y el coraje que hoy lo eleva a la categoría de mártir."

Toda esta terminología es netamente cristiana.

Y en su obra Conducción Política había dicho Perón varios años antes, hablando de los movimientos revolucionarios: "Estos movimientos triunfan por el sentido heroico de la vida que es lo único que salva a los pueblos, y ese heroísmo se necesita no sólo para jugar la vida todos los días o en alguna ocasión, por nuestro movimiento, sino para luchar contra lo que cada uno lleva adentro, para vencerlo y hacer triunfar al hombre de bien."

Y el "Che" precisamente decía que el hombre nuevo se dará cuando en cada hombre la vida cotidiana se trasmute en heroísmo. Cuando cada hombre viva heroicamente sus instancias cotidianas. Pero esta es una visión del hombre más ideológica que política. Es negar la existencia del pecado original. Pero hay que tender a eso sin descuidar la realidad que el peronismo siempre asume.

Por eso dice el padre Dri: "El peronismo es una filosofía de la vida, simple, práctica, popular y profundamente humana." Evidencia claramente la primacía del hombre sobre las estructuras. Por eso Perón afirma que el problema en la Argentina es netamente político. El Partido Comunista, en cambio, va a decir que el problema es netamente económico.

Para Perón "la verdadera democracia será aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés, el del pueblo". La característica exclusiva del peronismo es la de servir al pueblo y además obedecerle. Y precisamente en Cuba y en Argelia, cuando se hace la revolución no se trata antes que nada de cambiar la propiedad y los medios de producción, sino que lo primero que hace es crear un proyecto político liberador. Por eso, personalmente pienso que la primera lucha por la liberación de nuestro pueblo está dada por esta opción: dependencia o liberación nacional. En esta lucha por la liberación nacional no se tiene que dar, necesariamente, la lucha de clases. Pueden entrar en ella no solo los obreros, los estudiantes, sino inclusive los empresarios con sentido nacional. Creo que después sí va a venir la cosa entre los empresarios y los obreros, en un segundo tiempo. Es decir, una sociedad en la que se realicen plenamente los valores cristianos, será una sociedad sin empresarios. Los roles subsistirán, pero no la relación de dependencia deshumanizante. Tuvimos una reunión con empresarios cristianos y coincidían plenamente con nosotros. Nos quedamos bastante mal al ver esa coincidencia tan total, pero en la segunda reunión se empezaron a aclarar más las cosas y a coincidir menos.

Como a lo mejor un hombre de la Iglesia a pesar de ser Cardenal, puede ser evangélico. Pero no es cosa que de suyo me ayude a mí a la vivencia cristiana.

Las famosas leyes económicas, de las cuales se ha hablado tanto, son leyes que a lo mejor hoy hay que criticar desde las bases, porque el principio que las fundamenta es falso, porque es el principio

del lucro. Cuando el gobierno dice que aumenten los salarios, los empresarios dicen que ya no pueden aumentar un peso más, porque, claro, los 800.000 pesos de sueldo que ellos tienen son intocables. Porque nadie se pone a cuestionar la tajada que, desde ya, se supone corresponde al empresario.

La valoración del hombre que se hace desde el peronismo, es una valoración que pone siempre el acento en los valores éticos, sin los cuales no se puede llevar adelante el proyecto liberador. Y así Evita dice, por ejemplo, que las cuatro virtudes fundamentales del pueblo, son: generosidad, sinceridad, desinterés y ante todo humildad. Nosotros, intelectuales, vemos las cosas de Evita o de Perón, y nos parecen demasiado simples; decimos que no tienen consistencia ideológica, porque claro, esa gente habla como el pueblo, no habla como nosotros, intelectuales que tenemos ideas claras, precisas y a menudo bastante abstractas.

Dice Evita: "Ningún justicialista debe sentirse más de lo que es, ni menos de lo que debe ser. Si se sobrevalora pasa a ser oligarca, si se disminuye no sirve para la construcción de la nueva Argentina." Es decir, tiene que tomar conciencia de su dignidad. "El peronista nunca dice 'Yo, dice Evita, dice 'nosotros', y ese nosotros es el pueblo, porque no hay nada más importante, y es el derecho más grande, que el de sentirse pueblo." Por eso Camilo Torres, les decía a los estudiantes: "Ustedes tienen que ascender a la clase popular."

Recuerdo cuando discutí con un coronel sobre el plan de erradicación de Villas, que hoy habría que llamarlo plan de radicación porque después de cinco años, en la zona de Retiro, que al comienzo tenía 30.000 personas, hoy hay 50.000. El coronel me decía: "A la gente de las villas hay que llevarlas a una vivienda transitoria porque no están en condiciones de vivir en casas definitivas". Y yo le dije que ojalá nunca adquirieran nuestras pautas culturales, que mantuvieran su cultura original sin contaminarse con la nuestra, porque a lo mejor visto desde el Evangelio pueden tener mucho de rescatable.

"Ah, pero los negros en la época de Perón plantaban repollos en la banadera y tomaban agua del bidé." Pero ¿en qué lugar del Evangelio se dice que no hay que tomar agua del bidé? Yo doy un ejemplo muy grosero, pero tenemos una serie de pautas que son así. Y ellos no son "como uno", gracias a Dios. Lo que no significa, por supuesto, que no tengan sus vicios. No es cuestión de mitificarlos, pues en todo ser humano existe el pecado, pero yo diría que hasta los pecados de la gente humilde y del pueblo son más normales. (Cuando se agarran una borrachera lo hacen con Crespí y no con whisky importado). Lo que no quiere decir que no haya que combatirlo. El cristiano o el sacerdote, en contacto con cualquier grupo humano, en la medida que empiece por la autocritica y luche por su conversión personal siempre tendrá que ser interpelador y crítico. Y el cristiano peronista tendrá que criticar, permanentemente, al peronismo.

Hoy la evangelización supone dos dimensiones: la dimensión concreta e inmediata, yo tengo que ayudar a este hermano mío que sufre hambre, o que sufre soledad, y tiene tristeza, yo tengo que acompañarlo, amarlo profundamente y ayudarlo a encontrar un sentido a su vida, que yo como cristiano sé que recién va a ser pleno cuando descubra a Jesucristo, cuando descubra la visión trascendente de la vida. Y hay otra dimensión, que es la dimensión estructural. Porque vive integrado en estructuras que pueden ser liberadoras u opresoras.

Veamos qué pasó históricamente con el peronismo en estas dos dimensiones.

Con respecto a la primera, la gran novedad del peronismo, que comienza a gestarse a comienzos del año 1944 desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, es que Perón empieza a entender las necesidades bien concretas e inmediatas: las reivindicaciones de la clase trabajadora enfrentando las duras críticas del Partido Comunista que dice que eso es, en el fondo, quitarle a la clase trabajadora la fuerza revolucionaria. Esto lleva, además, a que algunos vayan a las villas y piensen "hay que exacerbar el hambre del pueblo para que desesperado...". Dicen esto porque nunca pasaron hambre. Es una forma de despreciar al pueblo.

En el libro *El peronismo y sus causas*, en el capítulo que se llama "Viraje del movimiento obrero", su autor, Rodolfo Puiggrós, enumera las realizaciones de Perón.

Dice Perón: "Cuando llegué a la Secretaría de Trabajo en 1945, el primer pedido que recibí de los obreros fue la anulación de un decreto del año 43, en el que se establecía para las asociaciones gremiales, un régimen de tipo totalitario. El primer decreto que firmé desde la secretaría fue la derogación de ese reglamento".

Y luego enumera las realizaciones. Voy a dar algunos ejemplos más.

"La primera consigna de la Secretaría de Trabajo y Previsión fue cumplir las leyes obreras, leyes que en lo sustancial eran obra de los legisladores socialistas, pero que no se aplicaban, o se aplicaban a medias. A los discípulos de Juan B. Justo les resultaba intolerable que un coronel recién llegado a la problemática social, impusiera y vigilara la estricta observancia de la jornada de ocho horas, de la ley de accidentes de trabajo, del pago de horas extras, de las reglamentaciones sanitarias en talleres y fábricas. Hasta en las lejanas Salta y Jujuy, en cuyos ingenios y minas, cualquier tentativa de organización sindical era castigada con la expulsión y a veces la muerte, hasta en los quebrachales de Chaco y los yerbales misioneros, donde se compraba la vida del mensú, llegaron los inspectores y se instalaron las delegaciones de la Secretaría de Trabajo y Previsión. La ley de asociaciones profesionales, que concede personería gremial al sindicato mayoritario del gremio." Y por eso fue bombardeada por los comunistas y después por la Revolución Libertadora.

El estatuto del peón de campo, desde el bando del gobernador intendente de la provincia de Buenos Aires del 30 de agosto de 1815, que condenaba a todo individuo de la campaña a servir a un patrón, no se había legislado sobre ese sector de los trabajadores. El Estado peronista era la antítesis del Bando de Oliden y superaba todos los proyectos socialistas, dice Puiggrós. Había algo más que sueldo mínimo, alimentación adecuada, habitación sana y decente, descanso dominical, seguridad e higiene, atención médica, vacaciones, indemnización por despido, ya que destruía el antiguo paternalismo del estanciero, la antigua jerarquía de clases de la campaña, y el neón recibía además el instrumento legal de defensa de sus derechos. La garantía de la Secretaría de Trabajo y Previsión de que serían respetados. La ley 21665 de jubilaciones: Las jubilaciones existían solo para algunos pocos gremios.

"Y precisamente la objeción de los comunistas y socialistas era que frenaba la combatividad de la clase obrera. Darles jubilación frenaba y mataba su espíritu revolucionario."

"El Instituto de Remuneraciones que llevó a la práctica lo siguiente: el aguinaldo, vacaciones pagas, pagos hasta 6 meses por enfermedad, indemnización por despido y fallecimiento, aumentos de salarios. Los tribunales de trabajo: fijaban las reglas de procedimiento y agilizaban los trámites, el fuero laboral, el descanso semanal y aguinaldo para el servicio doméstico, etc., etc."

Y bastaría ahora añadir un balance hecho por un antiperonista —Carlos Fayt— en su libro La naturaleza del peronismo, sobre las impresionantes realizaciones del gobierno del general Perón.

Yo estaba en Cuba, cuando leí un trabajo estadístico de las realizaciones del gobierno de Perón, y les digo que Perón en dos años hizo más que la revolución cubana en diez, en cuanto a las realizaciones.

Con respecto a la otra dimensión, la estructural, es todo lo que va apuntando en la vivencia del Movimiento desde 1955 para acá y que ya se fue gestando durante el gobierno de Perón, en el sentido que la clase trabajadora empezó a sentirse gente, empezó a sentirse protagonista y esto, con la incorporación además del estudiantado y de otros sectores al peronismo, produjo la evolución que lleva a una profundización del peronismo. Lo reivindicativo asciende desde la tercera posición, desde un capitalismo justo por decirlo así, a un socialismo nacional.

LOS CATÓLICOS Y EL SOCIALISMO

¿Qué sentido puede tener, desde la fe, la opción por el socialismo?

En primer lugar, ¿por qué hoy nosotros, cristianos, estamos hablando o criticando al socialismo? Porque los cristianos hemos comprendido que el único mandamiento que nos dejó Jesús —porque los Diez Mandamientos los dejó Dios en el Antiguo Testamento— es este: "Yo les doy un nuevo mandamiento, que se amen unos a otros como yo los he amado." Y tiene dos dimensiones. Una de amor personal absolutamente irrenunciable y una dimensión colectiva o estructural del amor. Y por eso hoy los cristianos nos preocupamos por la política, por la acción tendiente a cambiar el mundo. El Papa, en su último gran documento, la Octogesima Adveniens dice: "Dirigimos a todos los cristianos de manera apremiante un llamado a la acción..." Y no hace distinciones entre curas, laicos y religiosos, sino cristianos en general. Y cuando da un ejemplo de compromiso actual de un cristiano, habla de los curas obreros...

Dice: "Los laicos deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal". No dice pueden asumir. Deben asumir. Es una exigencia de la vida cristiana.

Y agrega el Papa: "Si la función de la Jerarquía es la de enseñar a interpretar auténticamente los principios morales a seguir en este campo, pertenece a los laicos mediante sus iniciativas, y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en la cual viven."

Todos sabemos qué necesitan las estructuras en las que vivimos: ser penetradas de espíritu cristiano. Para dar un solo ejemplo: esta sociedad es una sociedad corrompida, inmoral y pecaminosa. Solo en la Capital Federal hay 120.000 departamentos vacíos hechos para los oligarcas y hay 1.500.000 personas que viven en ranchos, conventillos y villas miserias del cinturón de Buenos Aires. En esta sociedad un hombre difícilmente junta 100.000 pesos para vivir, pero un yanqui se los gasta en unas horas de Sheraton.

Como punto de partida para esta reflexión sobre el socialismo, tomaremos el documento "Justicia", del Episcopado argentino, en el que se muestra el cambio fundamental de mentalidad, que hoy tenemos que hacer los cristianos, porque si no, no entendemos nada de lo que debe ser nuestro compromiso, ni entendemos nada de lo que hoy significa evangelizar.

Los obispos dicen: "Afirmamos que la virtud de la justicia se encarna en la vida entera de la sociedad. No basta, por lo tanto, darle a cada cual lo suyo en un plano meramente individual". Ya esto lo había dicho Pablo VI en la Populorum Progressio cuando afirma que no se trata de que los individuos ricos ayuden a los individuos pobres, sino que se trata de que los pobres dejen de ser pobres. Y hasta ahora, para que los pobres dejen de ser pobres no se ha inventado otro más que este sistema: que los ricos dejen de ser ricos. Hay que ayudarlos a los ricos a liberarse de esas riquezas que los oprimen y que los llevan hacia el camino del infierno. El pastor Hermas, habla de qué aprecio tenían por los ricos los primeros cristianos en el siglo II, y dice lo siguiente: "Al modo como la piedra redonda, si no se la labra y recorta no puede volverse cuadrada, así los que gozan de riquezas en este mundo, si no se les recortan las riquezas no pueden volverse útiles a Dios." Jesucristo lo dice claramente: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos." Algunos curas dicen que esto hay que entenderlo en sentido espiritual... Decir esto hoy es pecado, es ablandar o achicar el Evangelio para no tener problemas con los ricos.

Dice además el pastor Hermas: "Por ti mismo ante todo, puedes darte cuenta de que cuando eras rico eras inútil, ahora en cambio eres pobre y eres útil y provechoso para la vida." Por eso es necesario un proceso revolucionario en nuestra Patria, que ya ha comenzado, no sólo para que los pobres puedan recuperar los bienes que les han robado y puedan vivir dignamente, sino también para redimir a los ricos de su ancestral estupidez.

Siguen diciendo los obispos argentinos: "El pecado se da siempre en el interior del hombre." Esto es fundamental, pues por más que hagamos un cambio radical de estructuras, si no matamos al policía

que tenemos adentro, como decían los estudiantes franceses, seremos los nuevos opresores. No basta, por lo tanto, con

el cambio estructural, pero no basta tampoco con el cambio personal, porque todo ser humano está estructurado. Por eso, los obispos proponen un concepto revolucionario del pecado (claro que lo revolucionario en la Iglesia, después de 2.000 años de vida, es volver a la auténtica tradición), y dicen: "El pecado se da siempre en el interior del hombre, que por su libertad es capaz de rechazar el amor e instalar la injusticia." Es una definición de pecado que hasta los no creyentes pueden entender. Y aquí viene la renovación: "Pero del corazón del hombre, el pecado pasa a sus actividades, a sus instituciones, a las estructuras creadas por el hombre"; y dan un ejemplo muy concreto: "Cuando Dios revela su designio divino como plan para los hombres, la justicia aparece en su pedagogía, no solo como un don divino personal (José, varón justo, por ejemplo), sino como un estado del pueblo, a tal punto que es el pueblo todo quien está en situación de pecado cuando se cometen injusticias, se las consiente o no se las repara.

Hoy los cristianos no podemos rezar el padrenuestro si no hacemos algo eficaz para que disminuya el índice de mortalidad que, en nuestra patria, aumenta día a día. Lo mismo con respecto a las torturas; si yo no estoy haciendo algo para que cesen las torturas, en la medida de mis posibilidades, soy co-torturador de mis hermanos. Esto lo dicen claramente los obispos. Porque quizá no soy un opresor directo que comete la injusticia, pero tal vez la consiento o no la reparo en la medida en que no me comprometo a través de una acción política eficaz para cambiar las estructuras. El compromiso político hoy, no es optativo, es obligatorio para los cristianos en el sentido amplio, en el sentido en que lo define Pablo VI.

Aquí se nos presenta el problema de la sociedad que buscamos como cristianos. En la Biblia hay un caso muy claro: Sodoma y Gomorra. Dios quiere acabar con Sodoma y Gomorra porque en esas ciudades se cometían pecados sexuales contra la naturaleza. ¿Esto qué significa? ¿Qué todos los sodomences eran sodomitas? No. Unos cometían el pecado, otro era el diputado que sacaba la ley de profilaxis, el otro era el que tenía la boite, el otro era el que traía la droga, y el otro el del "no te metas".

En este contexto debemos plantear el problema de la violencia.

El problema de la violencia no es un problema virginal: "a mí no me gusta la violencia". Hay que ser un desnaturalizado para estar a favor de la violencia si la opción fuera violencia-no violencia. El problema es que yo no puedo quedarme pasivamente tranquilo ante la situación de terrible violencia institucionalizada que estoy viviendo, porque si lo hago, soy un asesino de mi pueblo que se está muriendo de hambre. Ese es el problema.

Los obispos hacen un diagnóstico de la realidad argentina que, aunque formulado en 1969, todavía es válido: "Comprobamos que a través de un largo proceso histórico que aún hoy tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta..." No dicen a un gobierno injusto, hay que sacar a este militar y poner a este otro, no, es una estructuración injusta, es un sistema injusto..." y la liberación deberá realizarse en todos los sectores en los cuales hay opresión". En el jurídico y el político, en el cultural, en el económico y en social. Al aspecto jurídico (ley anticomunista, Código Civil) ya me he referido en los artículos anteriores.

En el orden político, ni hablar, pues además de que se está cocinando el asunto del caballo del comisario, todos sabemos que cuando hay una auténtica manifestación popular se la reprime. Y que evidentemente se hace lo imposible para que el pueblo no gobierne a través de los suyos.

En el orden económico y social (y esto toca directamente al problema del socialismo), dicen los obispos que debe lucharse por la liberación por lo siguiente":

1º Porque vivimos en un sistema capitalista, en el cual el motor fundamental es el lucro. El lucro es "el" motivo de este sistema económico. Y todos sabemos lo que Jesucristo dice del lucro en el Evangelio. A la riqueza la llama mamonna de la iniquidad, y tiene unos cuantos "¡Ay de vosotros los ricos!" Hoy hasta el predicador más comprometido resulta blandito al lado de lo que decía de los ricos Jesús.

En el capítulo quinto de la carta de Santiago, se hacen algunas recomendaciones a los ricos que pueden tener actualidad. Dice Santiago: "Y vosotros, los ricos, llorad a gritos por las desventuras que os van a sobrevenir. Vuestra riqueza está podrida, vuestros vestidos consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata comidos por el orín, y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes con el fuego...". Quien habla así, es un obispo, uno de los discípulos del Señor que nos dijo "que seamos mansos y humildes de corazón" como El, pero que no seamos hipócritas, que prediquemos la verdad. "...Habéis atesorado para los últimos días el jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudados por vosotros claman, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los Ejércitos. Habéis vivido en la mollicie sobre la tierra, entregados a los placeres, y habéis cebado vuestros corazones para el día del degüello. Habéis condenado al justo y le habéis dado muerte sin que él se resistiera". Hace un año y medio, un grupo de sacerdotes hicimos un pequeño acto, un gesto sencillito, delante de la Exposición del Confort, con un cartel que decía: "Confort para pocos y hambre para muchos con una foto aérea de la villa Dorrego, una villa que queda a unas veinte cuadras de la Sociedad Rural donde se hacía la exposición. Nosotros, no solamente desde el Evangelio, desde la enseñanza de Cristo, desde la enseñanza de Pablo VI cuestionábamos una "Exposición del Confort" en un momento en que los pobres cada vez se mueren más de hambre y los ricos cada vez se llenan más los bolsillos sino que cuestionábamos el principio mismo del confort, el principio hedonista. Porque esta sociedad es inmoral, no solamente porque las riquezas se reparten en forma desigual, sino porque el tipo de hombre que propone esta sociedad es un hombre alienado, un hombre inhumano, es el hombre consumidor, el hombre que "tiene".

Debemos tener mucho cuidado con las pautas que nos dan a través de los medios de difusión. Porque ¿cuáles son esas pautas? "Hay que luchar por el Fiat 600", si es posible por el 1600, y tal vez escatológicamente en esta vida al Torino. Y el tipo que tiene el Torino, tiene mentalidad de tipo que tiene un Torino, mentalidad de opresor. Y desgraciadamente, esta sociedad, aunque a muchos de sus habitantes solamente les hace oler los bienes (porque no pueden acceder a ellos) nos va presentando como ideal de vida el "tener" cosas, cuando el ideal evangélico es clarísimo. Jesucristo nos dice en el Evangelio, que la vida de un cristiano tiene que ser una vida de servicio a los otros, una vida austera, una vida de una gran libertad con respecto a los bienes, de una gran distancia. Cuando tuve ocasión de conocer la experiencia cubana, en 1968, realmente vi una vida dura, una vida difícil, por cierto.

Donde ningún adulto puede tomar vino ni leche; pero todo niño menor de 7 años tiene un litro de leche por día. Y uno piensa: muy bien, desde las pautas burguesas resulta difícil y duro, no se puede tomar coca-cola, cerveza ni vino... pero... ¿es necesaria la cocacola para la salvación eterna? Desde las pautas del Evangelio, ¿no está mucho más cerca de él esta sociedad que la que nos presenta cantidad innumerable, lujuriosa de bienes aunque muchos no los puedan ni oler?

En mi artículo "los valores cristianos del peronismo" ya me he referido y he enumerado las razones por las cuales los obispos condenan a esta sociedad capitalista. Recalcaré lo de "... las migraciones internas y en las racionalizaciones que provocan desocupación e inseguridad..." (Y esta palabra la comenzó a usar Alsogaray en la Argentina, cuando decía: "Hemos racionalizado la administración pública, y hemos eliminado 20.000 agentes..." y esos "agentes" tenían nombre, apellido, mujer e hijos.)

Y la patética pastoral de hace tres años de monseñor De Nevares en la que decía que al recorrer el monte, a caballo, la gente le manifestaba:

"Monseñor, queremos entregar nuestros hijos al Estado, porque no queremos verlos morir de hambre en nuestros brazos." Y yo me pregunto, ¿qué es peor? ¿Que a mi hijo lo maten de un tiro, o que lo vea languidecer poquito a poco, y lo lleve a un hospital y no me lleven el apunte, y no tenga plata para comprarle los remedios... Porque así se presenta el problema de la violencia. Todos los días se van extinguiendo, van muriendo hermanos nuestros como fruto de la explotación.

De esta reflexión que vengo haciendo resuelta claro que una sociedad montada sobre la base del lucro es una sociedad anticristiana e inmoral y por lo tanto debe ser rechazada.

Entonces tenemos que buscar otro tipo de sociedad y aquí aparece la reflexión sobre la posibilidad de acceder al socialismo. ¿Cuáles son las pautas que debe tener en cuenta un cristiano para saber qué sistema puede adecuarse mejor o no a sus valores? Primero, el Evangelio; segundo, el Magisterio de la Iglesia, y después lo que Juan XXIII llama los signos de los tiempos. Dios nos interpela, nos habla, desde su palabra revelada, desde el Magisterio de la Iglesia, pero también nos hace señas desde todos los hombres que más allá de sus errores buscan y luchan por la verdad. Desde Freud, desde Marx, desde Einstein, desde los movimientos de liberación de los pueblos que quieren vivir una vida digna y creadora.

Pensemos en la comunidad prototípica, la proto-comunidad cristiana, a aquellos hombres en cuyos oídos todavía resonaban las palabras del Señor: ¿Cómo vivían esos hombres? Esto se señala claramente en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Nosotros a veces tenemos ciertas ideas de la propiedad... en general de lo que es el cristianismo, debido a la ignorancia enciclopédica que tenemos de lo que es el Evangelio. Porque si yo fuera marxista

y no hubiera leído ni a Marx, ni a Lenin ni a Guevara, ni a Mao,

¿qué clase de marxista sería? ¿Usted es cristiano? Sí. ¿Leyó a Cristo? Sí, un cachito, los domingos. ¿Leyó a San Pablo? ¿Leyeron las cartas de San Juan? ¿Leyeron los Hechos de los Apóstoles? No. Entonces ustedes ¿qué clase de cristianos son? Son cristianos folklóricos. Y hoy ya no podemos aguantar la problemática del mundo de nuestro tiempo con cuatro verdades clavadas con alfileres. No podemos seguir viviendo de renta: porque mis padres son cristianos, yo también lo soy. Eso ya se acabó. El que hoy no hace una opción adulta por el cristianismo, seguro va a perder la fe, va a quedar marginado del proceso. ¿Qué se dice en el libro de los Hechos?: "Todos los que creían vivían unidos teniendo todos sus bienes en común, vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según la necesidad de cada uno." (Cap. 2, 44 ss.)

Dieciocho siglos más tarde, Marx va a pronunciar una frase evangélica, cuando diga: "De cada uno según su capacidad, y a cada uno según su necesidad." Al decir esto hace una afirmación evangélica.

Se vuelve a decir en el capítulo cuarto de Los Hechos de los Apóstoles: "La muchedumbre de los que habían creído, tenían un solo corazón y una sola alma, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común..." Aquí ni siquiera se habla de bienes de producción, se habla de bienes de uso. Ni siquiera consideraban como propios los bienes de uso. Es evidente que todo ser humano tiene derecho a ser dueño de sus bienes de uso (de sus zapatos), el problema se presenta con los bienes de producción. Y se sigue diciendo en Los Hechos de los Apóstoles: "Los apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús, y gozaban todos ellos de gran estima..."

Y esto es lo interesante, porque atestiguaban la resurrección de Jesús "no había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de hacienda, o casas, las vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad. José, llamado por los apóstoles Bernabé, que significa hijo de la consolación, cuenca que poseía un campo, lo vendió y llevó el precio de lo vendido y lo depositó a los pies de los apóstoles..." Si todos los que en nuestro país nos decimos católicos, fuéramos cristianos, no habría ninguna necesidad de hacer la revolución social. Si todos los que hoy son cristianos pusieran todos sus bienes a los pies de los obispos que, previamente, también pusieran sus bienes al servicio de la comunidad, los bienes de la Iglesia, creo que acá no habría que hacer ninguna revolución social. Pero como enseña muy bien, el padre Congar, hasta ahora no se ha dado ningún caso en la historia de la humanidad, de que sectores ricos se hayan despojado voluntariamente de sus bienes; por eso hay que andarlos a liberarse de esos bienes que los oprimen.

Este texto del libro de Los Hechos de los Apóstoles, es un testimonio directo de la comunidad prototípica; esta comunidad es la comunidad ideal, hacia la cual siempre hay que apuntar. Aquí viene un poco la concepción del hombre nuevo a la que aludió Ortega Peña. El hombre nuevo, que vive en función de servicio a los demás. Uno de los grandes males de nuestra sociedad, de nuestro tiempo, entre otros factores, por la influencia del desarrollismo nefasto, es el economicismo: lo

importante es ser eficiente. La formación que se da hoy en nuestras universidades es esa, es una formación tecnocrática, eficientista, para tener el día de mañana burgueses que no molesten, que no piensen, que estén dispuestos a vivir una vida bien materialista.

Pero de lo que se trata previamente, como lo dice muy bien el Papa, es de que el cristiano tiene que privilegiar siempre la político sobre lo económico, aunque sea muy importante lo económico, y sea muy importante el tema de los bienes de producción, porque es el tema clave. Pues en este momento puede haber para un cristiano una pluralidad ideológica de opción, pero en el fondo, las discrepancias ideológicas se cierran en dos alternativas, que son: una la alternativa capitalista, que se basa fundamentalmente en que unos pocos sean los dueños de los bienes de producción, es decir de los bienes que producen bienes, o sea de las máquinas. Y eso, bien sabemos lo que trae como consecuencias. El hombre naturalmente tiende al lucro; esos pocos en seguida serán estos que dijo Santiago: los ricos que oprimen a sus hermanos.

La otra alternativa es el socialismo, en el cual la comunidad es la que tiene el control y la propiedad de los bienes de producción. No son de unos o de algunos, sino de todos. El control popular sobre los medios de producción, que lleve a que los bienes no sean de algunos sino de todos. Esto tiene una enorme importancia, pero de cualquier manera no basta. En la Unión Soviética se hizo una revolución económica, qué duda cabe, pero como precisamente hoy no basta con que la revolución se haga en el plano económico y en el plano cultural y espiritual, en la Unión Soviética en lugar de existir la dictadura del proletariado, existe la dictadura sobre el proletariado. Es decir, hay una burocracia que se está interponiendo entre el pueblo y el poder. En segundo lugar, no se ha dado tampoco una revolución en el plano cultural y espiritual y el tipo de hombre que se propone no es el hombre creador, el hombre al servicio de los otros, es decir el hombre que el cristiano tiene que anhelar, porque es Cristo ese hombre (Cristo dice: "Yo no he venido a ser servido por los hombres, sino a servir") sino que es el hombre consumidor, el hombre eficiente, el hombre económico.

Los obispos del tercer mundo, en el año 1967, dijeron lo siguiente: "Teniendo en cuenta ciertas necesidades, para ciertos progresos materiales, la Iglesia desde hace un siglo ha tolerado el capitalismo, con préstamo, como interés legal y demás costumbres poco conformes con la moral de los profetas y del Evangelio; por eso ella no puedo más que regocijarse al ver aparecer hoy en la humanidad, otro sistema social menos alejado de esta moral". Esto es muy importante. Para los cristianos todo sistema humano está alejado en alguna manera de la moral, de los profetas y del Evangelio. La plena justicia, la plena solidaridad, la plena creatividad... se van a dar para nosotros, los cristianos, recién cuando vuelva el Señor. Por eso, personalmente, creo que el concepto de revolución cultural que propugna Mao, tiene cierta resonancia evangélica. La revolución debe ser permanentemente revolucionada, para que no se convierta en contrarrevolución; puede haber un proceso de involución en los hombres y en las estructuras. El hombre no es, es un ser que va siendo, y la sociedad también va siendo. Por eso el cristiano, desde la cláusula escatológica, desde los valores evangélicos, tendrá que criticar siempre a toda sociedad humana; pero lo importante es que la crítica no la haga desde su comodidad o desde sus propiedades, sino que la haga desde los valores evangélicos, que son: la liberación de los pobres, verdadera y auténtica pobreza, una verdadera justicia, que son una verdadera dignidad de cada hombre.

Dicen los obispos citando al Patriarca Máximo IV que intervino en el concilio: "Los cristianos tienen el deber de mostrar que el verdadero socialismo, es el cristianismo integralmente vivido en el justo reparto de los bienes y en la igualdad fundamental de todos. Lejos de contrariarnos con él, sepamos adherir a él con alegría". Cuando yo estuve en Cuba, pocos días antes de venirme, celebré una misa en una Iglesia y al salir, una señora de 60 o 65 años, con rasgos muy aristocráticos, me dijo: "Mire padre, a mi la revolución me quitó todo, pero esto es lo evangélico." Eso es lo cristiano, aquel que no juzga de la realidad por su situación personal, o por la situación de su familia, sino que tiene en cuenta el bien común. Y no nos engañemos, unos cuantos de nosotros si realmente luchamos por el socialismo nacional en nuestra patria, vamos a estar peor. Porque si queremos que los dos millones y medio de hermanos nuestros que viven en las villas miserias estén mejor, evidentemente algunos van a estar peor. Y nosotros podremos sentirnos oprimidos, pero nuestra

opresión es una opresión graciosa al lado de la opresión que sufren nuestros hermanos que no encuentran trabajo, que no tienen donde dormir... y todo lo demás. Eso es evidente. Porque si no, como ya dije, la nueva alienación puede nacer de la revolución.

Y dicen los obispos: Lejos de contrariarnos con el socialismo, sepamos adherir a él con alegría, como una forma de vida social mejor adaptada a nuestro tiempo y más conforme con el espíritu del Evangelio. Así evitaremos que algunos confundan a Dios y la religión con los opresores del mundo de los pobres y de los trabajadores, que son en efecto el feudalismo, el imperialismo y el capitalismo". En un libro que acaba de salir, de Garaudy, que se llama "Hacia la reconquista de la esperanza", demuestra que Marx no condena la religión desde el punto de vista metafísico, filosófico, sino que condena esa religión histórica que él conoció, y hacía muy bien en condenarla, porque era realmente el "opio del pueblo". Pero si Marx hubiera conocido a Helder Cámara, a Juan XXIII, hubiera conocido a Camilo Torres, no hubiera opinado que la religión es el opio del pueblo. Como lo señaló muy bien Fidel Castro, cuando estuvo en Chile, y dijo que el cristianismo y el cristiano deben encontrar en su fe realmente, el motor que los impulse a un compromiso. Y el "Che" Guevara dice: "Los cristianos deben unirse a los marxistas en la lucha revolucionaria Latinoamericana, sin intentar imponer sus propios dogmas, pero deben venir también sin la cobardía de ocultar su fe, para asimilarse a ellos." Cada uno debe insertarse en la lucha revolucionaria desde su originalidad, porque si no esa revolución no sirve.

Hablando del imperialismo, del feudalismo y el capitalismo, continúan diciendo los obispos: "Estos sistemas inhumanos, han engendrado a otros queriendo liberar a los pueblos, oprimen a las personas y caen dentro del colectivismo totalitario y la persecución religiosa." El episcopado peruano, alienta al pueblo a adherir al socialismo, como el sistema a través del cual hoy Dios los va interpelando a los peruanos, pero hace la diferencia: "Nosotros adherimos al socialismo, pero que no se confundan ciertos socialismos históricos que son burocráticos, que son ateístas militantes y que son materialistas. Dios y la verdadera religión nada tienen que ver con las formas diversas del dinero de la iniquidad, por el contrario, Dios y la verdadera religión están siempre con los que buscan promover una sociedad más equitativa y fraternal, entre todos los hijos de Dios, en la gran familia humana."

Hay un trabajo muy interesante del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. Dice: "¿Por qué hablamos del socialismo nacional? En una palabra: socialismo nacional, socialismo humanista y socialismo crítico."

Crítico: desde la fe, porque ningún sistema humano jamás realizará todos los valores evangélicos.

Nacional: para decir en una palabra que responda a nuestras auténticas raíces. Personalmente creo que el proceso hacia el socialismo nacional, con rostro humano, que no busca eliminar la propiedad de los bienes de uso sino darla a todos, empezó en la Argentina el 17 de octubre de 1945.

Humanista: Que posibilite a cada argentino una vida realmente creadora. Que posibilite su expansión espiritual que culmina en el descubrimiento del misterio de Cristo.

Para terminar quiero hacerlo con una reflexión del Padre Gera. El Padre Gera, al hablar del compromiso del cristiano, dice lo siguiente: "Hoy, el cristiano tiene que insertarse en su pueblo. La toma de conciencia en sí, en el hombre argentino, no sólo como sujeto familiar, como sujeto de clase obrera, como sujeto de la clase burguesa, sino como sujeto colectivo, o sea como sujeto que participa de una agrupación que llamamos Nación, es indispensable..." Es decir, hoy el hombre se tiene que sentir parte de un pueblo, de una nación. "... esto es toma de conciencia nacional, y por consiguiente, que sus necesidades, sus intereses, sus compromisos se vuelvan a nivel no solo de una agrupación, no simplemente familiar, individual o grupal, sino nacional. Es una toma de conciencia de sí como comunidad, como unidad nacional, y de allí que esta toma de conciencia de sí, como sujeto colectivo nacional, equivale a una afirmación: querer ser sujeto colectivo y nacional de lo que podemos llamar la raíz del proyecto socialista del pueblo."

El pueblo tiene, aunque no lo exprese con las mismas palabras

y diga, por ejemplo "...yo soy la alpargata del patrón o "...a mí el patrón me afana lo que gano", el pueblo tiene un proyecto socialista; y en el fondo, lo que está diciendo con eso es "...yo soy

socialista, estoy propugnando el socialismo". "El pueblo tiene un proyecto socialista al tomar conciencia o al intensificar la conciencia de sí como pueblo, como nación. Esto es participación en un mismo destino, en una misma gestión histórica."

JESÚS Y LA POLÍTICA

La relación entre fe cristiana y compromiso político es el tema número uno de la reflexión teológica contemporánea. Por eso no resulta demasiado sorprendente que Oscar Cullmann, uno de los más importantes teólogos del protestantismo actual, considerado por católicos, protestantes y judíos sin distinción como el mejor exégeta tal vez, que hay hoy del Nuevo Testamento, se ocupe de la relación que existió entre el Jesús histórico y los revolucionarios de su tiempo.

Nadie ignora que a partir del Concilio Vaticano II, que con su histórica Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (La Iglesia en el Mundo Contemporáneo, 1964) y, sobre todo, con la Encíclica *Populorum Progressio* (1966) de Pablo VI, el tema de la relación entre la fe y el compromiso político es el que ha absorbido la atención de los teólogos y pensadores cristianos. Y el proceso se ha ido acentuando cada vez más. Basta hojear la revista *Concilium*, que reúne a los más importantes teólogos renovadores europeos y comienza a darle amplia cabida al tema en sus páginas.

Es cierto que en los países llamados desarrollados, que con más precisión desde el Tercer Mundo son señalados como subdesarrollantes, la problemática teológica es mucho más conflictiva ya que se cuestiona la esencia misma del mensaje revelado. Como decía un gran teólogo, "allí la mordedura llegó hasta el hueso". Se cuestiona no sólo la legítima pretensión de la Iglesia de ser la sucesora de los apóstoles, sino la misma divinidad de Cristo, a quien se pretende presentar como el prototipo del hombre para los demás, pero no necesariamente como el Hijo de Dios. Al reducir a Cristo a una dimensión meramente humana, presentándolo como el hombre que llegó al fondo en la capacidad de amar, en la entrega a los hombres a través de su máxima manifestación, dando la vida por ellos, se dinamita el dogma básico de la fe cristiana: la Resurrección.

San Pablo enseña: "Si Cristo no resucitó, los cristianos somos los hombres más estúpidos de la tierra." Y tiene razón. Si Cristo no resucitó, no hay salida para los ciegos, paralíticos y esquizofrénicos de este mundo, por más revoluciones sociales que se propugnen. El marxismo, pienso yo, encuentra su límite más terrible en el pasado. No hay salida trascendente para los que ya murieron. Para el cristianismo, la muerte no existe. Para el cristiano no hay más que una sola vida, pero que tiene tres instancias: la histórica, que podemos llamar vida uterina, luego viene el parto que es la muerte, para acceder finalmente a la vida plenamente creadora: la vida eterna, que supone entrar a compartir la existencia tremendamente fecunda y gozosa de Dios. Es entrar, por decir así, a crear desde Dios, nuevos mundos. Y precisamente, por ser totalmente creadora, la existencia se vuelve totalmente dichosa.

No obstante esta preocupación constante por salvar el basamento mismo de la fe cristiana los teólogos europeos comienzan a reflexionar sobre el tema religión y política porque muchos jóvenes, hoy, en Europa, entran en crisis de fe al sentir que el modo de presentación del mensaje cristiano y el rol que desempeña la Iglesia aparecen como sustentadores de una sociedad que agoniza, del orden establecido, al que Helder Cámara llama el "desorden establecido".

Sin duda que a nivel cristiano fue decisivo en este punto la toma de posición del Magisterio de la Iglesia y, sobre todo, de Pablo VI. En la Constitución Pastoral *La Iglesia en el Mundo Contemporáneo*, el Concilio exhorta a los cristianos a comprometerse en la creación de una sociedad nueva y a ampliar el campo del compromiso solidario al mundo entero. La encíclica *Populorum Progressio* precisa más el campo de atención y de acción. Es la Carta fundamental del Tercer Mundo desde la perspectiva católica. No basta ya luchar para que desaparezcan los individuos ricos y pobres, sino que se trata de acabar con los países ricos y los países pobres. No se trata de que los pueblos ricos ayuden a los pueblos pobres sino de que los pobres dejen de ser pobres. Realizar una acción que signifique a nivel de pueblos lo que Helder Cámara quiere para el campesino miserable del Nordeste brasileño: "ayudar al hombre a ponerse de pie". No se trata de "pararlo" paternalísticamente sino de ayudarlo a ayudarse. Aceptar el surgimiento original o inédito de los pueblos del Tercer Mundo. Claro que este planteo de Pablo VI parece ingenuo. Porque para que surjan los pueblos nuevos los países dominantes deben renunciar a sus apetitos imperiales.

Esta necesidad de atender a las crisis internas de las Iglesias que corrían el riesgo de desaparecer con el cambio generacional, es la que en última instancia ha obligado a los teólogos europeos a mirar más allá de sus narices y advertir que existe un Tercer Mundo. No hay duda de que Pablo VI, con su ejemplo, ha contribuido a empujarlos. Por eso no sorprende demasiado hoy que Cullman, el gran exegeta protestante contemporáneo, amigo personal de Pablo VI y observador en el Concilio Vaticano II, se ocupe de la relación entre fe y militancia política. Es la primera vez que lo hace, ya que hasta ahora sólo le preocupó la relación entre fe e historia desde una perspectiva más distante. Pero es indudable que él mismo ha contribuido a este "aterrizaje" de la teología católica y protestante actual. Con su Cristo y el tiempo, Cullmann fue uno de los pioneros de este siglo en señalar el sentido evolutivo de la formulación de la fe y la relación entre revelación e historia humana, mostrando que Dios no sólo se revela a través del mensaje bíblico sino también a través de la historia humana, a través de lo que Juan XXIII llamará después "los signos de los tiempos". Por eso es que hoy son muchos los teólogos que afirman que Dios se revela ante todo y principalmente a través de la Biblia, pero que también lo hace a otro nivel, ciertamente, para los católicos, a través del Corán, Marx, Freud o Einstein. El Cardenal Bea, hablando a cristianos, protestantes y musulmanes, les decía: "Tenemos que compartir la porción de verdad que hay en cada una de nuestras religiones para acercarnos más al Dios que todos amamos". Y Pablo VI, en su discurso a los observadores del Concilio (Cullmann, entre ellos), dirá: "Ustedes (protestantes, ortodoxos) y nosotros (católicos) estamos en un mismo camino, y vamos hacia una novedad que debe ser engendrada".

Esto no significa que la Iglesia Católica renuncie a nada de lo que constituye su esencia, sino al contrario, que explicita su esencia, que explicita todas las virtualidades que contiene en su seno.

El acto académico de la inauguración de los cursos de 1969 de la Facultad libre de Teología protestante de París fue la ocasión para que Cullmann, a través de su trabajo Jesús y los revolucionarios de su tiempo incursionara por primera vez en el campo de la teología política. Es una obra breve, concisa, de 87 páginas, en la que Cullmann nos propone desde el Evangelio, y con el rigor histórico que el tema exige, las bases para reflexionar sobre la relación entre la fe y el compromiso político. Lo que le preocupa a Cullmann en primer lugar es cuál fue la actitud concreta de

Jesús, qué fue lo que Él hizo y dijo en relación al poder de su tiempo, cómo se situó el Jesús histórico frente a los factores de poder que hoy tiene que encarar un cristiano. Ciertamente que, en el mundo en que se movía Jesús —la sociedad geográfica de Israel, donde lo religioso y lo político aparecían íntimamente fusionados— el problema era más grave y difícil. Cullmann demuestra que Jesús de Nazareth no puede ser encuadrado en ninguno de los principales movimientos de su tiempo. Su obediencia radical a la voluntad divina, que se asienta en su íntima comunión con Dios, y en la espera de su Reino y su justicia, no se acomoda ni a la perspectiva de los grupos que defendían el orden establecido en Palestina, ni a la de los que combatían por la violencia. Al analizar el comportamiento histórico de Jesús, Cullmann, no niega la necesidad que hoy experimenta un cristiano acerca de cómo situarse frente a las distintas manifestaciones del poder; sostiene que el resultado del análisis histórico debe crear en el cristiano la base que le permita plantear correctamente el problema, eludiendo simplificaciones reduccionistas, fruto de posiciones ideológicas dogmáticas que conducen a un Cristo pacifista a outrance, o a un Cristo guerrillero.

Es importante señalar que, para un cristiano, el Jesús histórico es un punto de referencia fundamental para reflexionar sobre la validez de su compromiso, pero sin olvidar nunca que Cristo sigue hoy vivo y actuante a través de la historia, a través de su Espíritu, que se expresa particularmente —para los católicos— por el Magisterio de la Iglesia.

Ubicando a Jesús en su tiempo, lo encontramos enfrentado a un movimiento de resistencia religiosa y política: el movimiento zelota. Los zelotes luchan por medio de la violencia contra la autoridad establecida, en la que ven la expresión del paganismo e imperialismo romanos, opuestos a su religión monoteísta y a su libertad como pueblo. Cuando Jesús entra en la vida pública, el problema número uno de Palestina es la resistencia al invasor romano, problema religioso y político a la vez.

Hoy en día, en que tanto se habla de teología de la revolución, se corre el riesgo de hacer de Jesús pura y simplemente un rebelde zelota. Cullmann afirma que esto se explica, dado que la condenación jurídica de Jesús no es decretada por los judíos sino por los romanos, que sólo se preocupaban de la actitud política de la gente. Esto es demostrado por Cullmann de manera indudable, sobre todo cuando señala que Jesús fue ejecutado al modo romano, es decir, mediante la crucifixión, y no como la pena de muerte judía, que era la lapidación.

Además, la inscripción sobre la cruz, "Jesús, rey de los judíos", aludía claramente a la razón política de la ejecución: éste pretende ser Rey, por lo tanto, sustituir al César.

Para poder ubicar bien a Jesús en su contexto histórico y percibir la originalidad de su vida y su mensaje, es indispensable advertir —como lo muestra Cullmann— que en los evangelios hay dos categorías de textos, que aluden a palabras y gestos de Jesús: 1) por un lado, los que aproximan a Jesús al zelotismo: a) los que se refieren a la aproximación creciente de Jesús a las masas, b) sus crueles ironías hacia los gobernantes, c) el tener entre sus discípulos a tres antiguos zelotas: Simón el Zelota, Simón Pedro y Judas Iscariote; d) su condenación por los romanos que lo creían agitador zelota, etcétera. 2) Por otro lado, están los textos en que Jesús aparece como adversario de toda violencia y de toda resistencia política: a) las parábolas de la no-violencia, b) el amor a los enemigos, c) orden de no usar la espada para defenderlo, d) rechazo enérgico de todo elemento político en su misión divina, etcétera. En esta línea se puede afirmar que la gran tentación que Jesús rechazó como satánica fue la de erigirse en líder político, en jefe revolucionario.

La raíz común de las dos series de textos contrapuestos está en la esperanza central de Jesús: la espera del Reino que va a venir. Para Jesús, el Reino que va a venir, viene por obra de Dios antes que por obra del hombre. Por eso, todos los fenómenos de este mundo deben ser relativizados, lo que no quiere decir minimizados, sino orientados al Reino definitivo. Así, Jesús, al sacramentalizar al amor humano, lo relativiza, es decir, muestra que tiene relación a una instancia más profunda, en que se realiza el amor pleno y total. Esa instancia es el amor en Dios.

El temor a la afirmación de Marx, "la religión es el opio del pueblo" -que históricamente ha tenido validez en muchos casos- no debe impedir el percibir la originalidad del mensaje de Cristo que es evidentemente escatológico (es decir, que mira el fin de los tiempos). Helder Cámara, Luther King, y Camilo Torres, que con su solo testimonio invalidan la objeción de Marx, si se le quiere dar un alcance universal, nunca perdieron de vista que la revolución no significa la instalación del Reino de Dios en la tierra, y que debe ser permanentemente revolucionada y criticada desde la fe, hasta que el Señor vuelva. Ciertamente, esa crítica sólo se podrá ejercer honestamente a los ojos de los hombres de nuestro tiempo, desde adentro del proceso, participando de la acción revolucionaria, aunque se la relativice en el sentido antes expuesto.

Por eso Cullman señala que la esperanza del Reino futuro

(que no es de este mundo), que totaliza la perspectiva de Jesús, no lo aleja a El de la acción en este mundo que pasa, y para este mundo que pasa.

Es evidente que Jesús se sitúa en una actitud crítica frente a todas las instituciones existentes en su tiempo. Forman parte del mundo pervertido que pasará y no tienen, por lo tanto, ningún valor eterno. Jesús es el revolucionario más ambicioso de todos los tiempos, ya que no pretende crear nuevas estructuras, no pretende acabar la explotación del hombre por el hombre, no apunta a una sociedad nueva sin injusticias, sino que pretende crear una nueva vida, un nuevo modo de existir absolutamente impensable para el hombre, e imposible de alcanzar con sus solas fuerzas: la vida divina.

Es cierto que comenzar a vivir esta nueva vida traerá, como consecuencia, cambios profundos en las relaciones humanas y posibilitará la creación de una nueva sociedad. Pero Jesús no pierde el tiempo participando en una acción que encare la destrucción de las estructuras corruptoras mediante la violencia. El no quiere desviar los corazones de su predicación que es el Reino de Dios, que no es de este mundo. Se trata de un nuevo modo de existir, insospechable para el hombre. Fue necesaria la Encarnación del Hijo de Dios para que el hombre pudiera aceptarla. Así como el mono jamás soñó en convertirse en hombre, la vida divina que Cristo trae al hombre resulta tan

desproporcionada a sus apetencias terrenas, que Theilhard llama el salto mortal en la línea de la evolución: el paso del hombre a la vida transhumana, a la vida cristificada.

Jesús cambia en el culto todo lo que se opone a su radicalismo escatológico, todo lo que atenta ya, entonces, contra la nueva vida que anuncia, vida que supone el sano desarrollo en libertad de la interioridad del hombre. Cristo acaba con el culto alienante y exige un culto a Dios que se traduzca en la liberación real del hombre. Por eso Pablo VI dice en su discurso de clausura del Concilio del 7-12-71: "Nosotros, los cristianos, más que nadie, tenemos el culto del hombre?". Y dice verdad. Porque en la enseñanza de Cristo, el modo no ilusorio, no tramposo de glorificar a Dios, es el amor real y comprometido al hombre: "Ustedes son mis discípulos, si se aman unos a otros".

Jesús no reniega de la tradición. Elimina de ella los elementos que impiden captar con pureza la radicalidad de su mensaje. Hoy sucede algo parecido con las corrientes renovadoras de la Iglesia, que postulan la socialización de los medios de producción y el advenimiento del socialismo. Buscan su apoyo en la auténtica tradición de la Iglesia, desvirtuada en los últimos siglos por el individualismo capitalista. Y esta auténtica tradición se refleja ante todo en el Nuevo Testamento, que asienta por escrito las vivencias de las primeras comunidades cristianas. Y allí se ve que, desde el vamos, los primeros cristianos vivieron en comunidad de bienes. Mientras resonaban con fuerza en sus oídos las enseñanzas del Maestro, prescindieron de la propiedad privada individualista. A medida que se fueron alejando de su origen, este rigor hacia la propiedad individual fue desapareciendo, aunque siempre en la historia de la Iglesia existieron comunidades de hombres que mantuvieron una distancia radical frente a la posesión de los bienes. Basta recordar a San Francisco de Asís.

La actitud profundamente trascendente de Jesús lo lleva a descartar todo lo que se oponga al mundo directo de su mensaje escatológico, y lo llevó a enfrentarse con los defensores de la letra de la ley y con los zelotes nacionalistas sectarios. Porque Jesús viene a anunciar el plan divino no sólo a Israel, aunque reconoce su peculiar ubicación en la redención, sino a todos. De ahí que su fraternal apertura hacia los paganos y samaritanos escandaliza a los judíos, y en particular a los zelotas, cuyo odio al extranjero era ilimitado.

Cuando los hombres de hoy luchan por extirpar las clases que dividen a los hombres en explotadores y explotados, y se oponen al neocolonialismo y al imperialismo, están reconociendo en la práctica, tal vez sin advertirlo, la fuerza del mensaje que Cristo trajo hace dos mil años.

Los evangelios muestran con meridiana claridad que Jesús estigmatiza sin piedad a los ricos y predica con inusitada violencia contra la injusticia social. Jesús anuncia por un lado, que a la luz del Reino que vendrá, la diferencia entre ricos y pobres es contraria a la voluntad divina. Este juicio sobre el orden social de su tiempo es, como tal, un juicio revolucionario. Pero Jesús como ya dijimos, no apunta a voltear el orden social directamente. El exige otra cosa de sus discípulos: cada uno debe aplicar individualmente desde ahora las normas del Reino futuro. Cada hombre, como individuo, debe ser cambiado por la ley del amor. Jesús se preocupa por hacer desaparecer en el individuo el egoísmo, el odio, la injusticia, la falsedad.

Esta enseñanza de Jesús sigue siendo hoy indispensable. Si todos los que hoy en la Argentina nos decimos cristianos, realizáramos a fondo nuestra revolución interior, pasáramos de la injusticia al amor, ciertamente que la configuración de nuestra sociedad sería otra. Y no se daría, por ejemplo, el hecho escandaloso de que solamente en Buenos Aires haya 120.000 departamentos vacíos y más de 2.000.000 de personas viviendo en villas miseria y conventillos. Sin hablar de "cristianos" con dos o tres casas, que viven lo más "panchos", ignorando la situación de miseria de sus hermanos en la fe.

Es cierto, como ya antes quedó señalado, que el Magisterio de la Iglesia enseña que la conversión del corazón, para no ser ilusoria, supone hoy una acción política eficaz que busque eliminar las injusticias estructurales. Y que sea natural que una profunda conversión del corazón lleve al compromiso revolucionario, que busque acabar con la explotación del hombre por el hombre como lógica consecuencia.

Ortega decía: "El hombre es él y su circunstancia". Después de Marx, esto no puede ser ignorado por los cristianos. Y toda la enseñanza actual de la Iglesia exige atender ciertamente a la conversión

personal, pero simultáneamente a "la circunstancia", que en ciertas situaciones puede ser determinante de las actitudes interiores.

Pablo VI señala en su Carta al Cardenal Roy, refiriéndose a la insensibilidad social de los grandes empresarios, fruto de su tren de vida: "Muchos involucrados en las estructuras y acondicionamientos modernos están determinados por sus hábitos de pensamiento, sus funciones, cuando no lo están, también, por la salvaguarda de sus intereses materiales".

Es cierto, sin duda que la cuestión se resolvería por sí misma si cada individuo se convirtiera tan radicalmente como Jesús lo exige. Pero también es cierto que el condicionamiento estructural puede penetrar hasta la interioridad de la persona e imposibilitarla para el cambio profundo. De ahí que hoy resulta inseparable en el cristiano la conversión del corazón y la acción política que busca la conversión de la sociedad.

Los primeros cristianos se tomaron en serio las enseñanzas de Jesús. Por eso vivían en comunidad de bienes (Actos de Apóstoles, 4,36/5,4). Y su testimonio hizo explotar la institución madre de la opresión humana: la esclavitud.

Jesús fue condenado a muerte por Pilatos como rebelde político, como zelota. Su mensaje trascendente resultó incomprensible, tanto para la mentalidad teocrática y sectaria de los zelotas como para la mentalidad pagana de los romanos, que se engañaron acerca de las verdaderas intenciones de Jesús. Su esperanza escatológica, es decir, de la realización plena del reino fuera del tiempo, llevó a Jesús a una actitud agudamente crítica frente al poder romano que lo hizo aparecer como zelota. Y los movimientos populares que suscitó su acción, indudablemente aparecían, ante los ojos de los romanos, como levantamientos contra el orden establecido.

El Sanhedrin, como lo muestra el evangelista Juan (Juan 11 48), al advertir que el movimiento popular a favor de Jesús se agranda día a día, toma la decisión de denunciarlo como rebelde político a los romanos, para que la acusación no recayera sobre él.

Cullmann demostró en su momento, en Dios y el César, que Pilatos no se limita a ratificar una pena aplicada por los judíos, sino que es el que eficazmente juzga a Jesús. En Getsemaní es la cohorte romana —y no los judíos— la que apresa a Jesús. Es cierto que la responsabilidad moral le cabe al Sumo Sacerdote y al partido del Sanhedrin (y no al conjunto del pueblo judío), pero la responsabilidad jurídica corresponde exclusivamente a los romanos.

Es cierto que Jesús es condenado por zelota, por revolucionario, pero esta acusación de ninguna manera significa que Cristo fuera realmente zelota, sino que su actitud trascendente, profundamente religiosa, escapaba a toda posibilidad de comprensión por parte de los paganos.

En los Evangelios se ve con claridad que Jesús elude los movimientos populares que suscita con su acción, sobre todo cuando el pueblo trata de hacerlo rey (Juan 6-15) y los zelotas perciben que no quiere adherirse a su partido ni hacer causa común con ellos. Jesús se atribuye a sí mismo la profecía de Isaías, que presenta al Mesías como el siervo de Jahvé, como un varón de dolores, y considera como la tentación capital de su vida la de erigirse como líder político. Esto queda sugerido en el episodio misterioso de las tentaciones en el desierto. A la proposición del demonio de constituirlo en rey señor del mundo, Jesús contesta: "Apártate, Satán" (Mateo 4,10). Y se resiste a ser llamado Mesías. Prefiere designarse a sí mismo como Hijo del Hombre. Es realmente significativo que prefiera este título aun al de Hijo de Dios. Para los cristianos que miran a Jesús con los ojos de la fe, éste es un índice más de compromiso definitivo del Dios Hombre con los hombres. Cuando se pretende usar la violencia para impedir su detención, se opone enérgicamente. Y coherente con la afirmación de su mensaje trascendente, responde a la pregunta de Pilatos: "Mi Reino no es de este mundo".

Un elemento original de su mensaje, tal vez el más profundo, coloca a Jesús por encima de los antagonismos de su tiempo. El Amor a los enemigos. Es cierto que, de suyo, el amor al enemigo no excluye necesariamente el enfrentamiento, incluso violento, con éste, en situaciones extremas, como se ha dado tantas veces en la historia, pero Jesús traza las líneas ideales de conducta, válidas para todos los tiempos y que suponen para el cristiano en situación de lucha o aun de guerra una permanente tensión de reconciliación.

Cuando El dice que no vino a traer la paz sino la espada, de ningún modo está recomendando la guerra santa: constata que la decisión que su mensaje exige de los hombres provoca disensiones entre ellos y puede suscitar la persecución en sus discípulos. La historia reciente y actual muestra cómo las palabras de Cristo tienen plena vigencia. Luther King, el apóstol de la no-violencia, es eliminado violentamente. Es que el mundo no puede soportar el mensaje cristiano cuando se expresa con su fuerza original. Las palabras de Jesús: "Si a mí me persiguieron, los perseguirán a ustedes", son para siempre. Pueden dar buena fe de ellas los laicos, obispos y sacerdotes de América latina, que por su fidelidad al Evangelio sufren hoy las consecuencias de la violencia institucionalizada.

La actitud de Jesús en el Evangelio es de una profunda unidad. El quiere afirmar a fondo la trascendencia de su mensaje, su originalidad en un mundo cerrado en la inmanencia. Sin embargo, es fundamental tener en cuenta, como lo señala Cullmann, que su actitud no puede ser traspuesta sin más a nuestros días. Son muchos los teólogos que afirman hoy, Cullmann entre ellos, que en la perspectiva de Jesús el fin del mundo era inminente y, por lo tanto, poco importaba cambiar las estructuras de la sociedad. Es importante entonces, como lo dijimos antes, no absolutizar al Jesús histórico cuando lo buscamos como norma para orientar nuestra actitud frente al compromiso político y la revolución. Para los cristianos, Jesús es el Cristo resucitado que, vivo y lleno de fuerza, sigue conduciendo a su pueblo a través de la Iglesia, de su Magisterio y de la Historia. El cristiano de hoy, convencido de que estructuras injustas dificultan la conversión del corazón, no debe olvidar jamás la necesidad de la revolución interior. En la Unión Soviética se ha realizado una revolución social y económica, qué duda cabe. Pero la burocracia parasitaria que impide al pueblo una real participación en el poder político es una realidad indudable. Por más revolución social que se propugne, y hoy es absolutamente indispensable encararla en los pueblos del Tercer Mundo, será necesario realizar el proceso interior de la conversión continua del odio al amor para buscar el poder no para dominar sino para servir. Un no cristiano genial de nuestro tiempo parece haberlo comprendido. Cuando Mao realiza la revolución cultural y habla de la necesidad permanente de revolucionar la revolución, está postulando precisamente un cambio hondo del corazón, como también lo exige Jesús.

Este trabajo de Cullmann es un aporte importante para la reflexión de los cristianos, que hoy, tal vez con más seriedad que nunca, asumen el compromiso político y la lucha revolucionaria porque comprende que el Reino de Dios comienza ya en este mundo. Para no falsear su testimonio será importante "no tener vergüenza del Evangelio" (Epístola a los romanos, I, 16) que siempre, en alguna de sus dimensiones, será considerado "locura" por el mundo. Se trata de usar de las cosas de este mundo, buscando su transfiguración, pero como "si no se las usara". Esta tensión entre estar en el mundo luchando por la liberación del hombre en todos los frentes, sin ser del mundo, sin hacer de esta instancia terrena el destino definitivo, es lo que Cristo exige hoy al cristiano, y éste es el desafío que debe asumir sin claudicaciones para ser la sal de la tierra, más allá de su fragilidad e impotencia.

LA MUERTE DE DIOS

¿Dios ha muerto? ¿Hay futuro para la Iglesia? Hace veinte años estas preguntas habrían sido escandalosas. Poder hacerlas hoy, aun con vacilaciones y sin respuestas, indica que estamos viviendo una situación de inseguridad y de crisis, al punto de que el monje agustino holandés Robert Adolfs ha publicado un libro titulado La tumba de Dios.

El grito "Dios ha muerto" no es nuevo. Fue lanzado ya por el filósofo Friedrich Nietzsche en su libro Die frolich Wissenschaft (El gay saber, 1882) poniéndolo en boca de un loco: "¿Dónde está Dios? Os lo diré. ¡Lo hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos somos sus asesinos!" Y después: "¿No percibimos siquiera el rumor de los sepultureros que están enterrando a Dios? ¿No olemos siquiera la descomposición de Dios? ¡Los dioses se están pudriendo! ¡Dios está muerto! ¡Dios está muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!" Al final de la profecía nadie entiende al loco, y el autor le hace decir: "He venido demasiado pronto. Mi tiempo todavía no ha llegado. El terrible suceso está todavía acaeciéndose".

En la temática de los autores contemporáneos aparece explícita e implícitamente la idea de la muerte de Dios. En cinematografistas como Bergman, Fellini, Buñuel, se advierte a pensadores en cuyo horizonte Dios aparece y desaparece constantemente. La idea central de Esperando a Godot de Samuel Beckett es desde luego la espera de Dios, aunque en otra obra suya, Fin de partida. Dios se ha marchado y el mundo es un caos, con la Humanidad reducida a estos personajes: un sirviente idiota, un amo ciego y paralítico (que duerme, toma su medicamento, escribe una novela Inacabable e ininteligible) y el padre y la madre, encerrados en dos barriles, como símbolo de aislamiento e inutilidad de la vejez. En El diablo y el buen Dios, Sartre hace decir a un personaje: "El cadáver de Dios me atormenta". O sea, Dios está muerto, pero se mueve.

La problemática que sacude a la cristiandad ha sido planteada durante más de dos siglos:

El filósofo alemán Ludwig Feuerbach (nacido en 1804) la expresó así: "Dios es la creación antropomórfica del hombre. Es la proyección de sus anhelos, miedos y temores".

Carlos Marx ha estudiado a Feuerbach. Aplauda su reacción contra el idealismo trascendental de Hegel, pero corrige las motivaciones. Entiende que Dios es fruto del injusto aparato económico del capitalismo. Por eso considera a la religión como un anestésico, que sustituye al esfuerzo colectivo para salir de un régimen de explotación. Añade que la religión ha fortalecido al individualismo, porque ahora es el individuo, con prescindencia de la comunidad, quien busca la salvación en la vida eterna. Según Marx, el cristianismo jamás consideró la salvación de la comunidad. Apunta aquí a ese individualismo salvacionista que la Iglesia ha favorecido tantas veces, expresión de una mentalidad maniquea, heredada de Platón. ¿Por qué salvar mi alma y no mi vida, mi historia, nuestra historia, la de todos los hombres? La Biblia no define al hombre como cuerpo y alma, sino como polvo que respira. Cuando Dios se dirige al hombre no habla con individuo sino con la comunidad, e Israel, amigo de Dios, no es un individuo sino un pueblo.

Las ideas de Marx han sido retomadas por Lenin, quien en Socialismo y religión (1905) escribe: "La religión es uno de los aspectos de la opresión espiritual que pesa por otras partes sobre las masas populares, aplastadas continuamente por el trabajo en provecho de otros, por la miseria y la abyección. La debilidad de las clases explotadas (...) engendra inevitablemente la creencia en una vida mejor de ultratumba, del mismo modo que la debilidad del salvaje en su lucha contra la naturaleza engendra la creencia en los dioses, en los diablos, en los milagros, etc. La religión predica humildad y resignación en este mundo a aquellos que pasan su vida en el trabajo y en la miseria, consolándolos con la esperanza de una vida celeste. Por el contrario, a quienes viven del trabajo ajeno la religión les enseña la beneficencia en este mundo, ofreciendo así una fácil justificación a sus exigencias de explotadores y vendiéndoles baratos los billetes de ingreso a la felicidad celestial. La religión es el opio del pueblo".

Los cristianos deben reconocer que la objeción es tremenda. Pero no apunta al cristianismo sino a la formulación que de él hemos hecho en los últimos siglos. Los primeros cristianos vivían en

comunidad de bienes y de vida. Así lo transmite San Lucas: "La muchedumbre de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma y ninguno tenía por propia cosa alguna; todo lo tenían en común... No había entre ellos indigentes. Los que eran dueños de campos y de casas los vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad".

Cuando apareció la revolución industrial, la Iglesia hizo causa común con el capitalismo liberal y olvidó asumir la situación de las masas explotadas. Por eso Marx proponía sustituir el humanismo cristiano con el humanismo comunista. Hoy los cristianos comprenden que no pueden seguir ocultando el rostro de Cristo y sienten en carne propia las palabras que San Pablo dirigía a los primeros fieles: "Por vuestra causa el nombre de Dios es blasfemado por los paganos". Y así aparecen los profetas de nuestro tiempo: Helder Cámara, Martin Luther King, Camilo Torres. Estoy seguro de que el cristianismo de estos hombres habría modificado la valoración que Marx y Lenin hicieron de la religión. Para ellos, la fe en Cristo no sólo es el opio de los pueblos sino el impulso más profundo de su compromiso revolucionario.

Mucho se discute si Freud vivió en el ateísmo o en cierto deísmo indefinido. Fue ante todo un médico, aunque incursionó en la filosofía para proyectar allí sus experiencias. Quiso curar las neurosis detectando las causas secretas que se anidan en el inconsciente y en el subconsciente. Pero no descuidó el fenómeno de la religiosidad. Lo explicó desde una psicología o antropología fenoménica, afirmando que Dios es la expresión de la represión sexual y de los miedos inconscientes del hombre. No echó por tierra la visión sobrenatural de Dios ni la misión sobrenatural de la Iglesia, sino que a lo sumo mató al Dios de la razón, al gran relojero de Voltaire.

Llamamos "muerte de Dios" al generalizado convencimiento de que Dios ya no es necesario para construir la ciudad temporal y que alcanzan la materia y sus determinismos. La religión y Dios han pasado a ser algo superfluo en el desarrollo de la ciencia y de la técnica, la filosofía y las artes, el trabajo y el descanso. La cosmovisión moderna considera cada vez más al hombre como un fin en sí mismo. Ha muerto el hombre de raciocinio, el de las cuatro causas de Aristóteles, y ha sido sustituido por el hombre existencial. Así Dios pertenece a la metafísica, a la abstracción, a la idealidad. El hombre actual es realista, y todo lo real se explica sin necesidad de Dios.

Sucede algo inmensamente más grave y apenas considerado: se van apagando los llamados de Dios y se cierran los caminos que llevan hasta él. El mundo moderno va dejando sin sentido las manifestaciones de lo sagrado, las así llamadas hierofanías que el pensador rumano contemporáneo Mircea Eliade clasifica en tres especies: las físicas (el espectáculo de la Naturaleza), las psicológicas (acontecimientos trascendentales como el nacimiento, el casamiento, las enfermedades, la muerte) y las morales (los dictados de la conciencia en todo hombre sano).

La vida moderna apaga esas voces en un hombre alienado o condicionado por la sociedad de consumo, el "hombre de alma colectivizada" que menciona Marcuse. Por otra parte, el psicoanálisis ha contribuido a silenciar las hierofanías al explicar los problemas humanos en función del inconsciente y del subconsciente.

Es la consecuencia natural de la muerte de Dios. Se desacraliza lo sagrado, por las causas expuestas y también como producto: a) del pluralismo urbano; b) de la congestión mundial; c) del caos ideológico.

La Iglesia ha tenido gran responsabilidad en ese proceso:

- No siempre distinguió claramente el Dios de la razón natural (del que habla el primer Concilio Vaticano, diciendo que está al alcance de toda inteligencia recta) del Dios de la Revelación, el padre de Jesucristo al que la razón no puede alcanzar y que se da al mundo como un inmenso don sobrenatural.
- Muchas veces la Iglesia dio a entender que sin ella (como religión revelada y sobrenatural) los hombres no podrían construir la ciudad temporal. Dio a entender que era intrínsecamente indispensable en la construcción del mundo. Ahora la Iglesia se presenta como colaboradora, y Pablo VI la llama servidora de la humanidad, a ejemplo de Cristo, "que vino a servir y no a ser servido por los hombres". Ahora la Iglesia reconoce que el ateísmo puede vivirse de buena fe.

También reconoce que ha proyectado una imagen de Dios ocultando su verdadero rostro, como lo prueban sus riquezas, su alianza con el poder capitalista e imperialista, su pasada prepotencia inquisitorial. Ha explotado a Dios como solución de problemas que conciernen a la ciencia, al progreso y al hombre. Cabe recordar recientes afirmaciones del Papa cuando reivindica a Galileo.

- La Iglesia da ahora un nuevo sentido al Extra Ecclesiam nulla salus (Fuera de la Iglesia no hay salvación), la frase que Fellini ridiculiza en Ocho y medio, poniéndola en boca de un cardenal decadente. Por lo contrario, reconoce el sentido histórico de todas las religiones, valora particularmente la judía y la mahometana, declara que no es el individuo sino la humanidad la que necesita del testimonio de fe, esperanza y amor que exige Cristo, para lo cual no basta asumir las personas sino también las estructuras, sea para amarlas o para destruirlas. También subraya características psicológicas de la fe: la confianza en Cristo como líder, su liderazgo revolucionario, la creencia de que sus principios provean justicia en el mundo; justicia que para ser plena debe ser trascendente y acabar en vida eterna.

En todo el mundo se habla de la crisis sacerdotal. En realidad se trata de la crisis del sacerdote clerical, vivido de una manera eclesiástica y de acuerdo a un derecho canónico perimido. Muchos sacerdotes sienten hoy que la fidelidad a normas jurídicas anacrónicas les separa de la vida y del mundo, que es el terreno en que deben anunciar a Cristo. Aquí está la raíz del problema del celibato. No se trata tanto de una soledad afectiva como de una conciencia de inutilidad: el fruto de una vida castrada en sus posibilidades creadoras. A esto se añade el escándalo que experimentan muchos sacerdotes, llenos de entusiasmo evangélico, al ver cómo las jerarquías se asocian a quienes ejercen el poder, a un sistema opresor que Helder Cámara llama en América latina "el desorden establecido". Así lo confirma una reciente encuesta en Brasil.

La sola existencia del Vaticano es ya un motivo de conflicto para muchos cristianos. Ven en él a un aliado del imperialismo capitalista y ven que su prédica anticomunista no defiende a la persona humana sino que intenta su sobrevivencia como factor de poder, mediante sus embajadores, su riqueza, su influencia. Los padres del Concilio vieron clara la dificultad que crea el aparato eclesiástico para el anuncio de Dios y la evangelización de los pobres. A los católicos brasileños les resultó muy doloroso que el cardenal Barros Cámara felicitara a las "gallardas Fuerzas Armadas del Brasil" cuando derrocaron a Joao Goulart para salvar a la nación del comunismo (y caer en manos del imperialismo). Cuando se produjo la reacción popular, las gallardas Fuerzas Armadas respondieron con persecución y torturas, de las que no estuvieron libres los sacerdotes y las religiosas que sirven al pueblo. El teólogo francés contemporáneo De Lubac ha recordado que Jacques Bossuet, confesor de Luis XIV, castigaba duramente los pecados de los

Luis, o sea del absolutismo monárquico; ese absolutismo, en cambio, le parecía lo más natural y la democracia le habría parecido una herejía. Así los obispos de hoy condenan los excesos del sistema capitalista, pero lo consideran irremplazable, cuando lo que hay que hacer es cambiarlo.

Hace pocos años el cardenal Antonio Caggiano juzgó al colombiano Camilo Torres como a un sacerdote que había defecionado de su vocación. En su juicio, sincero sin duda, no entraba que un acto de amor heroico por los humildes y explotados llevara a Torres a inmolarsse por ellos, abandonando dolorosamente la misa para asumir la dimensión profética de su ministerio. Esta severidad está desapareciendo ahora en los jercarcas de la iglesia, que comienzan a hacerse eco del pensamiento de Pablo VI en la *Populorum Progressio*.

No sólo Dios parece ausente del mundo moderno en terrenos tan amplios como la ciencia, la técnica, las artes. También se nota que la gente de hoy se ha liberado de mitos, metafísicas, sobrenaturalidad. Puede creer en horóscopos y ver al espiritista, curiosear en lo esotérico y en el ocultismo, pero esas manifestaciones no exceden del nivel individual.

Más profundamente, el mundo moderno muestra una visión distinta de la medieval, no entiende las verdades reveladas, poco o nada le dicen las palabras sustancia, hipostasis, sobrenatural, transustanciación, ni las ideas de pecado, demonio, infierno o cielo. Así resulta que la revelación nada revela. Las Sagradas Escrituras, incluso el Nuevo Testamento, se mueven en un mundo de símbolos intraducibles a la mentalidad moderna. ¿Qué puede pensar el hombre moderno de esa

legión de demonios que al conjuro de Cristo salen del endemoniado, se introducen en una pira de cerdos y se precipitan al lago? ¿O del guerrero que detiene el curso del Sol hasta derrotar a sus enemigos? ¿O de Jonás, el profeta castigado a pasar tres días en el vientre de una ballena? ¿O del Señor que asciende verticalmente hasta que una nube se interpone entre él y sus discípulos, como lo relata el libro de los Actos de los Apóstoles? ¿Cómo arrancar a las Sagradas Escrituras de semejante geocentrismo? Ese es el gran desafío que deben asumir los teólogos, enlazando la religión con el pensamiento moderno.

Puede dejarse de lado a quienes creen que el mundo volverá a sus carriles clericales mediante la devoción al Sagrado Corazón, o la consagración del mundo al Corazón de María, o mediante novenas, procesiones y escapularios. Entre los movimientos serios deben recordarse los iniciados en el último siglo por algunos teólogos protestantes:

Rudolf Bultmann (alemán, nacido en 1884) fue capellán en la Primera Guerra Mundial. Hacia 1942 comenzó a publicar obras destinadas a traducir los viejos mitos neotestamentarios a mitos actuales. Lo expresaba así: "El escándalo del cristianismo no es la Cruz sino los mitos de la Escritura, jerga ininteligible para el hombre de hoy". Sus obras coincidieron con el revuelo mundial causado por Heidegger con *El ser y el tiempo*, y se le ha objetado que pretendiera reducir la revelación cristiana a la filosofía heideggeriana. Lo cierto es que las influencias son mutuas.

Paul Tillich (alemán, 1886-1965) fue una mezcla armoniosa de artista, literato, culturalista y teólogo, un verdadero enciclopedista. Ha reunido todo el saber de la generación pietista de fines de siglo pasado con el de los grandes teólogos de este siglo: Barth, Brunner, Lohmeyer, Schweitzer. Para Tillich, la religión debe ser una respuesta clara a las preguntas del hombre en cada época. El hombre actual se resiste a considerar a Dios como un ser situado fuera del cosmos. Pero Dios es el fondo de profundidad infinita e inagotable de todo ser: es su razón y su raíz. No se trata de llegar a la existencia de Dios sólo después de un análisis existencial del hombre, sino de una experiencia mística, de un sentimiento de lo divino que surge de lo profundo.

Dietrich Bonhoeffer (alemán, 1906-1945) tuvo el don del martirio, pasó dos años en los campos de concentración y murió ahorcado en las prisiones de Hitler. Sus cartas desde la prisión fueron traducidas a muchos idiomas, y así Bonhoeffer accedió a la celebridad después de la muerte. Su visión fue la de un profeta, la de un cristiano comprometido existencialmente con el mundo que lo rodeaba. Tuvo la valentía de decir que el cristiano no es, esencialmente, un ser para sí mismo sino para los otros, y que Dios no es el consuelo de los derrotados sino el dinamismo de todo esfuerzo por un mundo más justo. Bonhoeffer comprendió que la Iglesia se equivoca si lucha por conservar sus privilegios o aumentar su poderío. La Iglesia no debe tener otra finalidad que servir a los hombres, denunciar la injusticia y la explotación. Si ciertos miembros de la Iglesia no están en las cárceles de los explotadores y de los tiranos, si están sentados con ellos a sus mesas, eso quiere decir que su predicación hace el juego a la injusticia. Estos conceptos de los teólogos protestantes alarmaron en un principio, pero ya son corrientes en el mundo católico, como un resultado del intercambio ecuménico.

John A. T. Robinson, obispo anglicano de Woolwich, Gran Bretaña, publicó hace pocos años un pequeño libro, *Honest to God* (cuyo sentido debe traducirse como "De buena fe"), del cual se vendieron 250.000 ejemplares en un mes. Ese peculiar éxito de un libro religioso se explica por la sinceridad con que el autor planteó las preocupaciones latentes en el hombre de hoy. Comienza por afirmar que el cristianismo está perdido si no da un vuelco en su visión de Dios y del ideario religioso. Ese cambio es equivalente al que representó Copérnico (1473-1543) para la astronomía y la física. Hemos pasado del número entero al infinitesimal, de la geometría euclidiana al multidimensionalismo; hemos llegado a la fusión del átomo y a la física electrónica. ¿Es posible que respecto a Dios nos quedemos con la óptica de dos mil años atrás? ¿Es posible que lo ubiquemos en un cosmos de tres planos, con su arriba y su abajo, su cielo y su infierno? ¿Es posible que lo imaginemos como creador del mundo y al mismo tiempo lo coloquemos fuera de dicho mundo? Este cúmulo de imágenes inaceptables ha provocado que la predicación en los templos suene a museo, a culto de lo anacrónico. Las estadísticas consignan que muchos católicos, muy regulares en

su comunión y su misa dominical, no creen en muchos dogmas. En Francia, por ejemplo, una encuesta reveló que una tercera parte de quienes asisten a misa no creen en la Inmaculada Concepción o en el infierno. No pueden ajustar la presentación de esos dogmas a su mentalidad moderna. Por señalar ese cuadro el libro de Robinson despertó polémicas, pero también provocó, principalmente en Estados Unidos, un alud de estudios teológicos, a cargo de profesores de universidades.

- Gabriel Vahanian, profesor de la universidad de Syracuse, Nueva York, utilizó una encuesta que comprendía a un 97 por ciento de teístas contra un 3 por ciento de ateos, para llegar a la conclusión de que la religión de su país era anticomunismo y no cristianismo. Su paraíso es el elaborado por el individualismo liberal, el de la superproducción y el superconsumo. Dice: "Al Dios de la Biblia no lo mataron los ateos; lo han matado los cristianos", y acusa a éstos de colocar el éxito de la Humanidad en la economía, no en la justicia ni en el amor al prójimo. El Dios verdadero no tiene valor real para sus vidas.

- William Hamilton, profesor de la Colgate Rochester Divinity School, publicó en 1966 La nueva esencia del cristianismo, obra inspirada en el ejemplo de Bonhoeffer. Le ha impresionado la crítica que el teólogo alemán formulaba a los cristianos, a! convertir a Dios en un aliado para tiranizar a los hombres. En ese estudio llega a extremos mayores. Propone a Cristo como modelo de conducta y lo reduce a su identidad de ser humano, a la manera en que otros han propuesto a Gandhi o al Che Guevara. Así, Hamilton convirtió en tesis la postura de Bonhoeffer, para iniciar al ateo en el cristianismo. Aun dentro de los Estados Unidos y del protestantismo, la obra de Hamilton ha sido fuertemente resistida. Se lo ha catalogado como el primero de los autores de la "muerte de Dios", enrolado en un cristianismo ateo. Su obra no logró trascender los cenáculos especializados.

- Paul Van Buren, profesor de teología de la Universidad norteamericana de Temple, obtuvo una mayor resonancia. Reconocido lingüista y filósofo del positivismo lógico, autor de numerosos escritos, entre ellos El significado secular del Evangelio, se dedicó a ahondar el misterio de la palabra. Para él, la dificultad de acceso a la Sagrada Escritura no consiste sólo en las diferencias que dos mil años representan en la visión del mundo, sino también en las que implican los diversos grupos lingüísticos, con sus procesos evolutivos. Cree que no sólo la idea sino la misma palabra Dios ha perdido todo sentido en nuestro mundo; como ha ocurrido también con la idea de la Trinidad, la encarnación del Verbo, la elevación sobrenatural de la gracia, etcétera. Sin embargo, Van Buren no piensa que todo esté perdido. Propone a Jesús como una figura histórica y verificable, cuya existencia nos fue narrada por los apóstoles. "Si tomarla como ellos la narraron fue un error, es un acierto tomarla como a ellos los volvió mejores, como a ellos los volvió distintos de lo que eran." ¿En qué los volvió distintos? Sencillamente, los hizo libres.

Proclamando la resurrección de Cristo, aquellos hombres proclamaban su libertad, la que les permitió enfrentarse a dos mil años de judaísmo y a la universalidad geográfica del imperio romano. Impresionado por Van Buren, el jesuita holandés Schoonenberg escribe después que el poder e influjo de Cristo "nos abren a la libertad; es decir, a la posibilidad y facilidad de descubrir por nosotros mismos la conducta que debemos observar en cada una de las situaciones concretas de la vida". Al comienzo la crítica se mostró dura con Van Buren. Se lo catalogó entre los teólogos ateos de "la muerte de Dios". Hoy no. Ya no se lo acusa de haber convertido a Cristo en ídolo humano. Se le reconoce, en cambio, haber contribuido a que el Dios de la razón y de la metafísica sea sustituido por el Dios Padre de Jesucristo, el autor de su libertad auténtica y de nuestra libertad: el Dios de la Revelación, el que se nos da gratuitamente como clave del misterio del hombre y de la historia.

- Mayor resonancia que los anteriores están obteniendo otros autores modernos. El profesor T. Altizer (de la universidad de Emory, USA) se hizo célebre con su Evangelio del ateísmo cristiano, postulando, como Hamilton, que los hombres de hoy debemos felicitarnos de pertenecer a un mundo donde el Dios bíblico y la Iglesia son cosas muertas. Más prudente, el profesor Harvey Cox (Universidad de Harvard) se limita, en La ciudad secular, a comprobar la desacralización de la sociedad y de la cultura. Luego busca nuevas formas para que la persona pueda vivir un real cristianismo dentro de una sociedad de esas características. En medio de la mecanización, el hombre

puede hacerse de dentro a fuera en lo religioso y lo moral, para acceder a la verdadera libertad. En distintas obras previas, Heidegger, Sartre y Unamuno habían adelantado ya esta problemática.

Una mirada a la teología sobre la "muerte de Dios" permite concretar algunos puntos.

1) Los teólogos protestantes, y después los católicos, han estudiado la vida moderna en sus múltiples aspectos. Su examen, realizado con los métodos de las ciencias socio-culturales, está contribuyendo a que la Iglesia abandone progresivamente su actitud triunfalista frente al mundo y advierta la progresiva disminución de su influencia.

2) La alternativa para las iglesias es renovarse o desaparecer. Deben reconocer que frente a una humanidad adulta, ellas no son ya nodrizas ni dueñas del hombre. Si no realizan ese aporte creativo, pierden su razón de ser. Así lo captó el Concilio Vaticano. En Colombia, Pablo VI dijo que "los pobres han tomado conciencia de su estado de opresión"; más tarde, Helder Cámara afirmó que el proceso revolucionario en América latina se hará con los cristianos, sin los cristianos y en última instancia contra los cristianos.

3) Ya no se puede concebir a las iglesias como a instituciones que viven del Estado y de la sociedad, estrechando alianzas con los llamados factores de poder. Menos aún si reducen su función a un sacerdocio cultural en beneficio de minorías selectas. Para comprobar la inconsistencia de la religiosidad de tales minorías basta medirlas por sus frutos de renunciamiento, humildad y amor al prójimo. Si las iglesias no abrazan la causa de la justicia, desaparecen.

4) Esto lleva a proclamar la misión revolucionaria de las iglesias. Harvey Cox tiene el mérito singular de haber reconocido en Estados Unidos (sede del individualismo liberal) que hoy la Iglesia es revolucionaria social o no es nada. El reino de Dios no es de este mundo, dijo Cristo, pero se prepara en este mundo, en la medida en que los hombres sean capaces de arrancarse del egoísmo, de la soberbia, de la superficialidad altanera, de la estupidez hedonista.

5) Hoy la única apologetica posible para las iglesias es abrazar la causa de la liberación del hombre, la justicia social e internacional, la fraternidad y la paz. Los teólogos y el Concilio creen que obispos, sacerdotes y creyentes sólo podrán emprender semejante revolución desde la pobreza, la sencillez y el leal servicio al prójimo. La experiencia demuestra que, en cambio, la riqueza y la connivencia con el poder contribuyen a la postración y no a la liberación de los pueblos. El documento *Gaudium et Spes*, sancionado en el Concilio, se refiere a la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo y estimula aquel vuelco.

Pero la acción de la Iglesia no puede reducirse a impulsar un cambio profundo de las estructuras que oprimen a los hombres. La existencia de la concupiscencia y del pecado revela que aunque la Iglesia asuma la causa de la justicia, del desarrollo y de la fraternidad, deberá asumir simultáneamente la dura y tremenda tarea de convertir a cada hombre, bajo la acción de Cristo.

Los grandes teólogos católicos (von Balthasar, Metz, Rahner, Schoonenberg, Schillebeeck) se mueven en la dinámica de la teología política que lleve a la Iglesia a constituirse, como Cristo, en servidora de la humanidad. Mientras en los círculos oficiales de la Iglesia se discuta solamente sobre la pildora, los ritos, la indumentaria de los cardenales, el matrimonio de los curas, se perderá el contacto con la marcha de la historia, que está ciertamente por encima del confesionario.

Un anciano misionero que ha vivido junto al pueblo humilde afirma: "Dios es para el pobre un ser próximo al que se alude con frecuencia en la conversación y al que se recurre con gran fe, pero es al mismo tiempo un ser lejano del que se espera recibir alguna cosa y al que se teme más que se ama, un Dios que hace milagros y castiga".

Sin embargo, es más frecuente que la oración argentina se dirija a la Virgen María (en especial a la Virgen de Lujan) o a los santos, sobre todo Cayetano y Antonio. Esta es una religiosidad de votos, promesas y peregrinaciones, donde adquieren gran importancia el recuerdo y el culto de los difuntos. Supone la recepción del bautismo, de la primera comunión y a veces los últimos sacramentos, con menos frecuencia, la confesión y el matrimonio. Se considera que quien no ha sido bautizado no llegó aún a la dimensión humana, y de allí nace la expresión "es como un animalito". Tales sacramentos tienen consecuencias sociales (en las familias humildes el "padrino" es una verdadera institución), pero carecen de una honda gravitación en el ejercicio de la vida

cristiana. Haberlos recibido tiene a menudo muy poca relación con una vivencia profunda de la fe. La conducta moral del pueblo católico deja bastante que desear en cuanto a alcoholismo y sexualidad. Se tiene un sentido muy vago del pecado. Nuestro pueblo conserva sin embargo un fondo religioso genuino que se manifiesta sobre todo en su sentido de la solidaridad, en su fortaleza y aceptación del sacrificio, en la generosidad con que muchos pueden colaborar espontáneamente para combatir un incendio u otro desastre colectivo.

Se trata de una religiosidad sentimental, turbia, profunda y sincera, en la que los pobres encuentran consuelo en los momentos difíciles. Bajo ella hay un sentido humano y trascendente: la búsqueda de Dios como fuente de seguridad y de socorro, aunque ese Dios se haga presente a través de intermediarios (la Virgen, los santos). ¿Acaso allí no palpita la inseguridad radical del hombre, que debe abrirse hacia lo divino?

En su trabajo "El catolicismo popular en la Argentina", el padre Buntig identifica como factor de la religiosidad argentina al gran aluvión inmigratorio que comenzó a fines del siglo pasado y se acentuó en las primeras décadas del actual. Este fenómeno trajo nuevas formas de interpretación popular para el catolicismo. Así aparece la devoción al Sagrado Corazón, que expresa la piedad individualista y sentimental europea de fines del siglo pasado, y otras devociones del mismo origen: San Cayetano, Nuestra Señora de Pompeya, Santa Rita, etcétera. Este impulso no llegó, según Buntig, a crear nuevos centros de devoción popular como lo eran Lujan, Itatí, Guadalupe. Por lo contrario, la nueva población fue "argentinizándose" en su expresión religiosa.

La devoción a la Virgen y al Sagrado Corazón son sociológicamente universales, con vigencia en todas las clases económicas.

De ellas sobresale el culto a Nuestra Señora de Lujan, debido en gran parte a que el santuario es vecino a Buenos Aires. En las villas miseria de la Capital, donde vive cerca de un millón de personas, así como en la clase obrera, existen devociones típicas del interior y de países vecinos (Itatí, del Valle, Virgen de Caacupé), pero, su intensidad va decreciendo paulatinamente. Sobresale el culto a San Cayetano, al que se atribuye el cuidado de que en el hogar no falten pan y trabajo. En un país donde el ministro de Economía reconoce la existencia de medio millón de desocupados y donde el costo de la vida está en aumento constante, la devoción a San Cayetano seguirá intacta o crecerá. Una encuesta realizada recientemente en ese templo revela que más de un 80 por ciento de sus devotos pertenecen a las clases populares.

En las parroquias de clase media tienen mayor vigencia Santa Rita y Ceferino Namuncurá, este último a pesar de no haber sido canonizado. El "lirio de las pampas" es también popular entre gentes humildes y supersticiosas. Las "cadenas" de santos, que hasta hace poco eran en la clase media un método para conseguir la gracia apetecida, van desapareciendo.

En el interior, la Virgen es el objeto indiscutido de la devoción popular, bajo sus diversas advocaciones: Lujan, Itatí, del Valle, Andacollo, Guadalupe. También el Cristo crucificado recibe varios nombres (Señor del Milagro, Cristo de la Reducción, Cristo de Mailín) en diversas zonas que reflejan la evangelización colonial, para la cual el Cristo crucificado ocupó un lugar más importante que el resucitado en el mensaje cristiano.

Hasta poco antes del último Concilio, la Iglesia argentina era fundamentalmente sacramentalista. Contaba sus "hijos" por el número de bautizados. Hoy el bautismo y la primera comunión son ritos estacionarios y pautas nítidas de comportamiento colectivo en todo el país. Según la evaluación de los obispos de Medellín, Colombia, en 1969, esa apreciación vale también para toda América latina donde aquellos ritos establecen la conducta religiosa de la sociedad. El 90 por ciento de los argentinos ha sido bautizado, un 70 ha hecho la primera comunión, un 60 por ciento se ha casado por la Iglesia.

La actitud sacramentalista ha favorecido a su vez una religión formalista y superficial. Para muchos, ser buen católico supone aceptar una serie de normas exteriores (ayunar en Cuaresma, confesar y comulgar una vez por año, dar limosna, etcétera), en lugar de aceptar una nueva forma de vivir y de pensar, siguiendo el ejemplo de Cristo.

El cambio de los últimos diez años en la Iglesia es ya irreversible. Ese lapso se divide en dos claros períodos, posteriores al Concilio. Este fue una gracia que Dios hizo a su Iglesia y que le permitió enfrentarse con su ser profundo. Por un lado, le permitió recuperar una visión desalienada de Dios, el Dios vivo de la Biblia, tan diferente del frío y abstracto de la escolástica. Por otro, significó una descentralización sobre los hombres, sobre las comunidades y sobre el pueblo todo, que la comenzó a sentir de más cerca. El Concilio fue así un movimiento doble, como reencuentro de la Iglesia con sus raíces y como abertura horizontal a todos los hombres.

LA VOZ DE LOS QUE NO TIENE VOZ

Del racionalismo escolástico al cristianismo existencial. — La mutación que desde hace diez años vive la Iglesia y que continúa hoy es irreversible. Podemos dividir estos diez años en dos períodos bastante distintos el uno del otro: el primero es el del Concilio, el segundo es el del Postconcilio.

El Postconcilio continúa al Concilio y simultáneamente hay una discontinuidad con el Concilio. El Postconcilio se sitúa en tres campos fundamentales en los cuales continúan el Concilio e inicia un campo nuevo. Los tres campos fundamentales son: la reforma litúrgica, el aggiornamento de las estructuras internas de la Iglesia (Curia, colegialidad, conferencias episcopales, Sínodo, etc.) y el ecumenismo, que está aún en plena ascensión. En estos campos, tanto Juan XXIII como Paulo VI jugaron un papel motor y decisivo.

Pero en gran parte lo que ha sucedido después del Concilio es otra cosa, es una especie de descubrimiento del mundo, ya que el mundo no ha esperado a la Iglesia para asumir sus problemas sino que el mundo mismo interpela a la Iglesia y traslada a la Iglesia sus propios problemas. De ahí, a mi juicio, proviene la gran crisis del sacerdocio. Es decir, que hoy el sacerdote siente muchas veces que su problemática no refleja la problemática del mundo. Ansia integrarse a la problemática del mundo para ser realmente fermento, y cuando ve que las estructuras a las cuales se ligán se lo impiden, se produce su crisis. Ahora bien, la causa remota de este cambio es anterior al Concilio. A partir de la encíclica *Divino Afilante Spiritu*, de Pió XII (año 1945), el católico comienza a redescubrir el valor de la Biblia, y en esto tenemos que reconocer que la Iglesia siguió a los protestantes.

Poco a poco se deja de lado la visión fría, abstracta, enteramente clara y racional de la escolástica, para entrar en la Biblia, que es un libro vivo, carnal, un libro existencial. Esto es lo que provoca la gran modificación que hoy vivimos y que podemos sintetizar así: hoy pasamos de una visión esencialista de las cosas a una visión existencial. Hoy los cristianos se interesan por la persona de Cristo, por todo ese testimonio vital, tremendo de Cristo, y no tanto por un conjunto de verdades que han sido definidas por la Iglesia.

El cambio de la Iglesia de América latina. — El cambio que experimenta la Iglesia en América latina, y en la Argentina en particular, comienza con la presencia carismática en el mundo entero de un hombre que se llamaba el abate Pierre, que, con la simplicidad de los profetas, enseñó un camino que hoy la Iglesia ha asumido en gran parte. Cuando nos decía: "Antes que hablarle de Dios al hombre sin techo hay que darle primero un techo, y darle un techo ya es hablarle de Dios", con esa simple fórmula el abate Pierre nos enseñaba lo que ya hoy dicen todos. Por ejemplo nuestros obispos, en el documento que dieron a conocer en San Miguel en el año 1969, cuando afirman que "la evangelización comprende todo el ámbito de la promoción humana", que ayudarlo al hombre a crecer como hombre, alfabetizarlo, ayudarlo a politizarse es ya anunciarle a Cristo, porque se ha iniciado el camino de su liberación, ya sea como individuo o como pueblo. Pasando a la Argentina, lo que realmente ha sido importante en esta evolución que está experimentando la Iglesia ha sido el sentimiento de culpa experimentado por muchos sacerdotes que aparecieron identificados con la oligarquía, con los opresores del pueblo. En el derrocamiento de Perón el clero se sintió a posteriori partícipe, colaboró en la caída de Perón, e inmediatamente después de la caída de Perón muchos sacerdotes experimentamos que estábamos marginados del pueblo, y entonces asumimos esa decisión de buscar, como lo enseñan nuestros obispos en el documento *Pastoral Popular* (mayo 1969) nuestra realización "desde el pueblo y con el pueblo", acompañando al pueblo. El proceso comenzó entonces por allí, por la presencia de sacerdotes en las "villas-miseria", por la presencia directa del sacerdote con el pueblo, Es decir, comenzó realmente ese cambio, y muchos sacerdotes y laicos comprendieron que no se puede evangelizar al hombre sino a través de sus problemas concretos y reales. Por otra parte el papel del laico se fue haciendo más protagónico, y otro elemento importante en el cambio fue el contacto que tuvieron los cristianos, particularmente los que pertenecían a la acción católica universitaria con los marxistas de la Universidad. Por una parte, el contacto con el pueblo, por otra el contacto con el pensamiento marxista en la Universidad, fue

creando esa conciencia de cambio, esa conciencia incluso revolucionaria en sectores importantes de la Iglesia que cada vez van siendo más numerosos. Posteriormente podemos decir que dos elementos que han contribuido muchísimo en América latina a una toma de conciencia nueva del clero juvenil, del clero en general, y también de los laicos, ha sido la presencia de esos dos profetas que se llaman Camilo Torres y Helder Cámara.

El celibato eclesiástico. — Opino que es conveniente, y además preveo que va a cumplirse a corto plazo la desvinculación del sacerdocio y el celibato como obligación jurídica. Es difícil hablar del celibato. Yo podría hablar de mi celibato, y decir que si bien en mí es una lucha cotidiana, tiene sentido porque es mi manera peculiar de vincularme con Cristo y de realizar mi sacerdocio, pero comprendo que un hombre casado puede realizar su misión evangelizadora y santificarse y vivir con Cristo una unión muy profunda. Pienso entonces que el celibato es un problema estrictamente personal. Por otra parte en la Iglesia se dijo siempre que es un carisma, un don que Dios da a algunos, lo cual no significa que! el carisma del celibato coloque a un individuo en situación superior a la de otro, porque también la fidelidad matrimonial es un carisma cristianamente hablando.

Lo importante es que el problema se plantea hoy como una consecuencia: el sacerdote busca hoy el matrimonio porque se siente frustrado en sus posibilidades creadoras como sacerdote, ya sea porque las autoridades eclesiásticas le impiden un compromiso a fondo con los hombres y concretamente con los pobres, lo castran en su posibilidad de profeta, o ya sea porque él personalmente se siente descolocado ante la nueva problemática a que le obliga el mundo, que exige abandono de la visión eclesiástica de las cosas para asumir el hombre existencial de hoy y ofrecer un Cristo existencial. Pienso que es conveniente separar el celibato del sacerdocio, y entonces sí la gente creerá que hay hombres voluntariamente célibes. Cuando esto suceda un número importante de sacerdotes seguirán siendo célibes porque quieren seguir siendo célibes, y otros contraerán matrimonio. No sucederá otra cosa que lo que sucedía con la Iglesia primitiva. No nos olvidemos que Pedro era casado y Pablo era célibe. En las primeras comunidades cristianas no solamente los sacerdotes sino los obispos contraían matrimonio y otros vivían célibes. La variedad me parece que es buena en este terreno como en muchos otros de la Iglesia. Tenemos que acostumbrarnos a vivir la unidad de la Iglesia con un sentido de pluralidad y no de uniformidad. Por eso pienso que es respetable toda la inquietud del clero holandés, pero en el fondo es respetable en la medida en que, ya sea desde el celibato o desde el matrimonio, los sacerdotes asuman hoy lo que podemos llamar en grandes líneas la causa del Tercer Mundo, la causa del mundo de los oprimidos, de los explotados, de los pobres. La razón última en el fondo del celibato es para mí, como dije antes, una peculiar relación con Cristo, pero no tiene sentido el celibato sino como estado, como una situación existencial para realizar plenamente la misión evangelizadora. Lo cual no significa, vuelvo a repetir, que desde el matrimonio no se pueda realizar también. Nadie puede negar, por ejemplo, que a Luther King su matrimonio lo potenció para dar testimonio de Cristo hasta con su vida, y también podemos decir que no tan fácilmente Camilo Torres hubiera podido abandonar su tarea inmediatamente sacerdotal y culminar su misión profética uniéndose a la guerrilla si hubiera tenido mujer e hijos. De modo que hay que respetar las situaciones personales y comprender que la crisis del celibato no es una crisis directamente afectiva que vive el sacerdote sino una consecuencia de que muchas veces se siente impedido de canalizar en las estructuras actuales de la Iglesia sus ansias evangelizadoras. En una estadística que se hizo en el Brasil se demuestra que una causa importante de la deserción sacerdotal es el contratestimonio que dan las jerarquías eclesiásticas identificadas con los factores de poder (en este caso concreto, con la dictadura militar vigente), y que consienten, incluso pasivamente, en la tortura y la persecución de sacerdotes y monjas. Es decir, hay una parte importante de la jerarquía identificada con el régimen, pero hay otra que encabezada por Helder Cámara, Fragozo y otros enfrenta directamente a la dictadura y asume plenamente la causa de los pobres.

El interés creciente de los sacerdotes por la acción política. — En el mundo en general y en los cristianos en particular hay una conciencia cada vez más aguda de lo que llamamos el Tercer Mundo, el mundo de los explotados y oprimidos. La guerra de Vietnam ha tenido una influencia

enorme en la evolución de las ideas. No hubiese ocurrido el Mayo francés, por ejemplo, sin el Vietnam. Y en América latina lo que ha significado la Revolución cubana, por ejemplo, hechos como la invasión a Santo Domingo por los yanquis, etc. Todo eso ha ido creando una conciencia cada vez más política en los hombres. El caso del pueblo de Vietnam, que hace más de veinte años que está en guerra y hace más de quince que resiste al más poderoso adversario del mundo, y esta situación se siente como una injusticia. Un hecho nuevo va surgiendo en el mundo cristiano, todavía poco explicitado, pero que va a comprometer cada vez más su futuro. Se va produciendo una cierta conversión al socialismo.

Piό IX decía en el siglo pasado que era totalmente imposible ser socialista y cristiano. Sin hacer una mistificación del socialismo podemos afirmar hoy, con los obispos del Tercer Mundo, que "el socialismo es un sistema menos alejado del Evangelio y de los Profetas que el capitalismo opresor", y que muchos jóvenes están dispuestos a dar sus vidas, no sé si por el socialismo pero sí por la revolución, y que además van a identificar su compromiso revolucionario con su fidelidad a Cristo. Camilo Torres decía, con esa sencillez, con esa claridad que tienen los profetas, que el modo eficaz de amar hoy al prójimo, a los hombres, es hacer la revolución, porque hoy son legión los que mueren de hambre y los que están marginados de la cultura y de la dignidad. Hoy muchos cristianos entienden que el único modo eficaz de practicar el amor a esos hombres es a través del compromiso revolucionario.

Las minorías revolucionarias. — Tenemos que reconocer que siempre los militantes han sido una minoría.

Ya Jesucristo nos habla en el Evangelio de la pequeña grey, del pequeño rebaño que tiene que ser la sal de la tierra, que tiene que ser fermento en la masa, pero esas pequeñas minorías tienen influencia cada día mayor en las masas, y con frecuencia expresan sus esperanzas profundas, y en consecuencia son un elemento decisivo para caracterizar la atmósfera de una época. Puedo dar un testimonio muy concreto. En las villas-miseria yo mismo me he sorprendido con comentarios que bolivianos y argentinos hacen sobre el Che Guevara. El Che Guevara es en cierta manera el abanderado del pueblo humilde. Al principio fue admirado por la burguesía y podemos afirmar que es el mito de las juventudes universitarias del mundo entero, pero ya incluso ha entrado también en el pueblo. Hace poco, a las doce de la noche, dos o tres muchachos de la villa se pusieron a cantar con la guitarra un canto al Che Guevara. Siempre ha habido en la Iglesia movimientos de jóvenes, pero lo interesante es advertir la evolución que hoy viven esos movimientos y cómo cada vez más esos movimientos tienden a lo político, a la acción política en un sentido radical. Es cierto que también ha habido un impulso a través de los mismos documentos de la Iglesia. La Populorum Progressio, los documentos de Medellín y en nuestra patria el documento del episcopado de abril de 1969, que hace la siguiente reflexión sobre la situación argentina: "Después de un largo proceso histórico que aún hoy tiene vigencia se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta; la liberación debe hacerse en todos los terrenos en los cuales hay opresión, el terreno jurídico, el político, el económico, el social y el cultural." Ante esta crisis surge la preocupación de comprometerse en un sentido revolucionario.

El dogma de la infalibilidad del Papa. — El dogma de la infalibilidad del Papa, proclamado en el Concilio Vaticano I, suponía una complementación con la afirmación del principio de la colegialidad episcopal. El Concilio Vaticano I se interrumpió por la guerra franco-prusiana. De hecho un solo Papa usó ese dogma: fue Piό XII, el 24 de noviembre de 1950, cuando proclamó el dogma de la Asunción de María. Juan XXIII y Paulo VI no lo utilizaron nunca. Hay que entender qué queremos decir cuando afirmamos que el Papa es infalible. La infalibilidad del Papa significa, pienso yo, que el Papa se constituye en portavoz autorizado de lo que siente toda la comunidad cristiana. Cuando Piό XII proclama el dogma de la Asunción de María ningún católico ignoraba en su fe que María estaba en cuerpo y alma en el Cielo. Ya desde los primeros siglos del cristianismo, en la tradición cristiana estaba claro que la Virgen había sido preservada de la corrupción. La definición papal no hace más que oficializar, por decirlo así, lo que sentía el pueblo cristiano. De modo que no hay que creer que el Papa tiene el monopolio del Espíritu Santo y que cualquier

afirmación suya es infalible. Nunca se entendió así, y de hecho si el Papa lo hubiera entendido así, hubiera sido absurdo que Juan XXIII convocara el Concilio Vaticano II. Si el Papa convoca el Concilio es porque siente que su proclamación de la verdad está condicionada a vivir realmente en comunión con la Iglesia Universal, y el mismo Pió XII, cuando proclama el dogma de la Asunción, lo hace con estas palabras: "Teniendo en cuenta el sentir del pueblo cristiano, teniendo en cuenta los innumerables pedidos de los obispos de todo el orbe, nosotros proclamamos que la Virgen está en cuerpo y alma en el cielo".

De modo que la infalibilidad del Papa consiste fundamentalmente en esto: cuando él vive realmente en comunión con su pueblo, cuando él siente con el pueblo cristiano, entonces sí él es portavoz autorizado para proclamar, para explicitar lo que ese pueblo siente en la fe.

Personalmente pienso que el papel que el Papa desempeña en la Iglesia está sufriendo una verdadera crisis. Personalmente pienso que Paulo VI es el último Papa "papá" que va a haber en la Iglesia por mucho tiempo. Es decir, que el Papa, de un monarca absoluto se va transformando, usando una analogía pobre, en un primer ministro, y de hecho las dificultades que experimenta hoy Paulo VI en la conducción de la Iglesia se deben en gran parte a que él pretende seguir desempeñando una función de monarca absoluto, porque es la función que se le ha adjudicado a él tradicionalmente. Pero el mundo cristiano adulto no acepta más que desde Roma se le dé directivas sin ser consultado.

El hecho de la existencia del Sínodo que funciona cada dos años indica que hoy la Iglesia comienza a ser co-gobernada, y en el fondo la misión fundamental de Pedro es ser signo de unidad. Si nosotros analizamos la Iglesia primitiva vamos a ver que la comunidad de Roma era muy distinta de la comunidad de Corinto o la comunidad de Tesalónica o la comunidad de Atenas, y que el primer Concilio que se celebró en Jerusalén probablemente no fue presidido por Pedro sino por Santiago, y que en ese Concilio prevaleció la tesis renovadora de Pablo sobre la tesis judeizante de Pedro; si bien Pedro fue el que legitimó el valor de ese Concilio.

Fundamentalmente, la misión del Papa es la de ser signo visible de unidad, aceptando que exista una pluralidad de Iglesias, y por eso tenemos que aceptar la originalidad de la Iglesia holandesa y la originalidad de cada Iglesia local, que en el fondo es la que va a enriquecer a la totalidad de la cual el Papa es signo fundamental de unidad.

Los sacerdotes del Tercer Mundo. — El movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo se inicia en la Argentina y en América latina a partir de ese documento histórico que produjeron los llamados Obispos del Tercer Mundo el 15 de agosto de 1967, documento en el cual por primera vez en la historia del magisterio de la Iglesia se hace la apología del socialismo con estas palabras textuales: "La Iglesia no puede menos que regocijarse al ver aparecer en la humanidad otro sistema social menos alejado de la moral de los profetas y del Evangelio."

Los cristianos tienen el deber de mostrar (y aquí los obispos del Tercer Mundo citan al patriarca Máximo, IV, en su intervención en el Concilio Vaticano II) que "el verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido en el justo reparto de los bienes y la igualdad fundamental de todos". Este documento motivó la adhesión inmediata de mil sacerdotes en América latina. Estos sacerdotes volvieron a unirse en un mensaje enviado a Paulo VI y a los obispos reunidos en Medellín, mensaje en el cual se hace una distinción importante entre la violencia represiva del llamado orden establecido, es decir de los sistemas imperantes en América latina que oprimen a los pueblos y la violencia liberadora a la cual se ven obligados a recurrir los pueblos como última instancia precisamente para lograr su liberación.

En la Argentina, después de estos dos documentos, los cuatrocientos sacerdotes que habían suscripto los mismos comprendieron que había llegado el momento de la acción, que no bastaba con declaraciones.

En toda la República, en el año 1968, y sobre todo en 1959, se vio a estos sacerdotes actuando junto al pueblo, testimoniando su fidelidad a Cristo, en la denuncia de la injusticia, y asumiendo esa actitud a la cual nos invita Helder Cámara cuando dice que hoy la misión de la Iglesia es ser voz de los que no tienen voz. Y así vemos a los sacerdotes tucumanos acompañando a su gente que ha

quedado despojada de su fuente de trabajo a raíz del cierre de los ingenios, vemos a los sacerdotes del norte del Chaco santafecino que acompañan en la marcha desde Villa Ocampo hasta Santa Fe a los campesinos y a los obreros también allí despojados de sus fuentes de trabajo, vemos a los sacerdotes que actúan en las villas miseria hacer una manifestación silenciosa frente a la Casa Rosada a fines de 1968 para protestar por el plan de erradicación que no contribuye en lo más mínimo a solucionar el problema de las villas de emergencia, sino que lo agrava.

En síntesis, aparecen en todas partes hechos y actitudes concretas, proféticas, de estos sacerdotes que se van organizando en un movimiento, que trata de no ser una organización para evitar ahogar, digamos así, la vitalidad del mismo, y vemos también obispos que se integran en este proceso: Monseñor Devoto, en Goya; Monseñor Distéfano, en el Chaco; Monseñor Angeleli, en La Rioja; Monseñor Cafferata, en San Luis, y últimamente Monseñor Nevares, asumiendo una defensa evangélica de los obreros explotados en el Chocón.

El sacerdote en la pública discusión de los problemas sociales. — El sacerdote no solamente puede sino que debe actuar políticamente.

Precisamente todo el argumento del liberalismo laicista es el que siempre llevó a marginar a la Iglesia de la acción en el mundo.

Hoy la Iglesia ha vuelto a la Biblia, que es un libro vital, carnal, en el cual no se distingue lo material de lo espiritual y hay un solo plano que es el plano humano, y la trascendencia de Dios actúa en la humanidad del hombre. El sacerdote comprende que tiene que asumir al hombre de carne y hueso y que evangelizar hoy supone, como dijimos antes, la promoción integral del hombre. Por lo tanto, si el hombre está siendo ahogado por estructuras injustas, el sacerdote que antes de ser sacerdote es cristiano y antes de ser cristiano es hombre, debe realizar una acción política, no acción partidista pero sí política, ya que asumir el Evangelio trae como consecuencia resonancias políticas. No nos olvidemos que la última razón por la cual Cristo es condenado a muerte es una razón política: éste dice que "no hay que pagar tributo al César".

La originalidad del mensaje de Cristo. — Pienso que hoy, como una reacción precisamente a todo ese cristianismo trascendentalista y espiritualista, se tiende a reducir el mensaje de Cristo a un mensaje de redención humana o redención social, y eso no es hacerle justicia a Cristo. Si bien el compromiso cristiano pasa por el compromiso revolucionario para asumir incluso una transformación radical de las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales, sin embargo Cristo es mucho más ambicioso que un revolucionario.

Cristo no pretendió inaugurar un nuevo orden social, un nuevo orden político. Cristo pretende inaugurar un nuevo tipo de existencia, la existencia del ser divinizado. Sartre define muy bien al hombre como esencialmente apetito de ser Dios, y luego concluye con

su lógica inexorable: es así como Dios no existe, por lo tanto el hombre es una pasión inútil. Precisamente Cristo viene a decir al hombre que sí es posible acceder a la dimensión divina. Porque como dice San Agustín, el hijo de Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios. Entonces lo que Cristo pretende del hombre, lo que le ofrece al hombre no es simplemente un orden más justo, más fraternal. Pues aunque todas las necesidades del hombre estuvieran satisfechas, aunque no hubiera más injusticias sociales,

ni explotación ni enfermedad ni neurosis, igual Cristo tendría su palabra original para ofrecer al hombre: la posibilidad de acceder a la divinidad, de entrar en una dimensión en la cual el hombre jamás hubiera podido entrar por sí mismo. Pues fue necesario que Dios se lo revelara a través de su hijo Cristo, que es el hombre pleno, porque en el fondo es el hombre Dios. De ahí que el misterio fundamental de Cristo para un cristiano es su Resurrección, y por eso Pablo dice: "si Cristo no resucitó, los Cristianos somos los más tontos de los hombres porque creemos en alguien que nos ha engañado", y es ahí donde entra la dimensión de la fe.

Para mí personalmente si Cristo no resucitó, si Cristo no es el hombre, Dios no me interesa. Será un hombre importante como fue Gandhi, como fue Mahoma, como fue el Che, pero no es el hombre que soluciona el problema radical del ser humano, que es la muerte, que es el límite, diríamos así, de la contingencia.

Lew cambios de la Iglesia y el arte. — Esta actitud de cambio de la Iglesia se refleja por ejemplo en la arquitectura. Así como en la arquitectura de la Iglesia de la Edad Media el estilo gótico reflejaba precisamente la visión que tenía el hombre, una visión fundamentalmente teocéntrica, el hombre pensaba primero en el cielo y después proyectaba el cielo a la tierra, hoy la preocupación del hombre es fundamentalmente antropológica. Las ciencias que tienen vigencia son las ciencias del hombre en su misma subjetividad, como la psicología, o en su proyección social, la sociología. El hombre se preocupa fundamentalmente por el hombre, se preocupa de lo religioso en cuanto que es su preocupación, se preocupa del hecho de que él se preocupa de la religión. El hecho de que el mundo sea hoy antropológico no es un signo de que no sea religioso. Hemos descubierto que Dios no está afuera del hombre sino adentro. Como dice San Agustín: "en el interior del hombre, ahí está la verdad". Y esta preocupación, también se ha volcado en el arte. Hoy la arquitectura religiosa es mucho más humana, menos pretenciosa por así decir, más simple, más despojada, lo lleva más al hombro al cultivo de su propia interioridad, lo deja mucho más librado a sí mismo. Creo que es una expresión más de la preocupación que el hombre tiene de su propio ser, y creo que es una vía auténtica para llegar al problema de Dios. Eso por un lado. Por otro, la literatura de hoy tiene un gran contenido religioso porque es una literatura en la cual entran en primer lugar las preocupaciones humanas, y como dice Paulo VI en el discurso de clausura del Concilio: "todo lo que es humano tiene que ver con nosotros", y agrega: "nosotros y los cristianos más que nadie, debemos tener el culto del hombre".

Porque el hombre es imagen y semejanza de Dios, y Cristo le da al hombre un valor absoluto. Basta recordar el capítulo 25 de San Mateo donde Cristo identifica al hombre con él mismo: "lo que hicieron con este hombre lo hicieron conmigo", ese famoso pasaje donde Cristo dice: "Vengan, benditos de mi padre, porque tuve hambre y me dieron de comer, estuve enfermo y me visitaron", y los bienaventurados van a preguntar: "¿cuándo te vimos con hambre, cuándo te dimos de comer?", y hoy tener hambre no es solamente tener hambre de pan, es hambre de cultura, es en el fondo hambre de espíritu.

Por lo tanto, para el cristiano el hombre tiene un valor absoluto. Desde el momento en que hoy la literatura llamada comprometida asume los problemas del hombre, los problemas espirituales, desde los más elementales como ser el hecho de que el hombre viva marginado por el hambre, por la explotación, hasta el hecho de que hoy se preocupe por el sentido que tiene la vida, toda esa preocupación es religiosa. Por eso creo además que hay una influencia de la literatura sobre la Iglesia. Todo este cambio de la Iglesia se debe a que la Iglesia se ha abierto al diálogo con el mundo, se ha dejado interpelar por el mundo, como dijimos antes. Esto influye en la Iglesia, y a su vez la Iglesia, que ha vuelto a la Biblia, vuelca toda la problemática humana en el mundo, y podemos percibir hoy en la literatura marxista contemporánea, sobre todo en Europa, una serie de preocupaciones que evidentemente brotan del diálogo que hay con el mundo cristiano. Preocupaciones de tipo más personal, por el destino de la persona, la preocupación por la muerte, que son preocupaciones de tipo religioso. Entonces hay interrelación: la literatura contemporánea antropológica modifica a la Iglesia, y a su vez asumiendo la Iglesia esa problemática, proyecta su propia problemática, que siempre estuvo muy atenta a buscarle un sentido a los problemas de la persona, y la proyecta al mundo.

La Iglesia toma conciencia y nos enseña que no hay que separar la creación de la redención en la Biblia sino que Dios es el gran creador, que Dios no es pasividad sino vida. Dice Cristo: "mi padre está obrando siempre". La Iglesia nos enseña a través del Concilio que el hombre es co-creador con Dios, y como decían los primeros padres de la Iglesia: Gloria Dei vita hominis, es decir la gloria de Dios es que el hombre viva. Dios no hace milagros, el milagro que hace Dios es darle al hombre la libertad, de modo que el hombre que crea el arte a través de la pintura, la arquitectura, etcétera, está glorificando a Dios, lo sepa o no lo sepa.

Es necesario para esto que el artista disponga de una absoluta libertad. Pienso que el sistema que padecemos actualmente en nuestra patria no es solamente un sistema inhumano, porque margina a los hombres de una vida digna mínima que supone el tener condiciones dignas de trabajo, de

vivienda, etcétera, sino que margina a los que quieren crear. Hay toda una influencia nefasta de este sistema, del sistema capitalista en el cual el hombre cuenta por lo que tiene y no por lo que es, que tiende a ahogar toda la creatividad porque todo lo que significa creación significa la ruptura, el riesgo, y este sistema quiere tener las cosas perfectamente ordenadas, controladas, y si hay algo que es incontrolable es precisamente la creatividad del hombre.

El hombre necesita una atmósfera de libertad para poder expresarse, es decir en el fondo el sistema que padecemos no tiene confianza en la vida ni en el hombre, y yo pienso que Cristo nos enseña de una manera maravillosa a creer en la vida y que hay que tener confianza en el hombre. El tiene confianza en esa prostituta que era María Magdalena, y por eso ella es rescatada de lo que tenía de dignidad y de grandeza humana. Pienso que si nosotros miramos con los ojos de Dios el mundo vamos a ver, como decía Camus, que en el hombre hay mucho más para amar que para despreciar. Entonces pienso que también padecemos en estos momentos una gran restricción, una gran presión para que no aflore la creatividad del hombre.

Fundamentalmente el sistema que padecemos hoy en la Argentina ha sido condenado claramente por los obispos cuando ellos dicen que se caracteriza por dos elementos nefastos: 1) una reducción económica, una concepción global de la economía en la cual el hombre está puesto al servicio de la economía en lugar de estar puesta la economía al servicio del hombre, ya que el motor de la economía en nuestra patria es el lucro, y 2) la subordinación de lo social a lo económico, lo cual trae como consecuencia la miseria, las migraciones, la desocupación y la disminución de la capacidad creadora del pueblo. Hoy un creador tiene que vivir en cierta manera a contracorriente, pero eso no me preocupa demasiado: pienso que siempre los creadores fueron un poco seres que vivieron en la dificultad, que realizaron sus creaciones un poco en el dolor, en la lucha, en la dificultad. Como dice Saint-Éxupéry, el hombre se realiza frente al obstáculo.

EL SACERDOTE Y LA POLÍTICA

Los grandes documentos sociales de Pablo VI y del Magisterio Eclesiástico, los claros pronunciamientos de obispos argentinos sobre la realidad de nuestro país, y la existencia del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, provocan ineludiblemente la reflexión de los cristianos, sobre lo específico de la tarea del sacerdote y su relación con la política.

Para situar bien el problema es necesario tener en cuenta de entrada que no se trata de la acción partidista del sacerdote, que puede llevarlo a un proselitismo oportunista y que es incompatible con su función de pastor, a no ser en situaciones muy excepcionales.

Recientemente, algunos medios de difusión, de neto corte liberal, utilizaron, tendenciosamente, expresiones del Cardenal Danielou, conocido por su posición moderada dentro de la Iglesia. Danielou rechazó claramente el partidismo sacerdotal, pero no con menos tuerza afirmó que hoy, en la Argentina, el sacerdote debe denunciar las injusticias y propugar reformas sociales.

El problema hoy, en la Argentina, está en convalidar o no el sistema capitalista liberal vigente, inevitablemente subordinado al imperialismo.

Y aquí no cabe el apoliticismo del sacerdote. Los claros pronunciamientos del Magisterio no nos dejan opción. Jamás podremos adherir a un sistema como el vigente en la Argentina, afirmado esencialmente en la explotación del hombre por el hombre. Un sistema cuyo motor es el lucro y que provoca, cada día, desigualdades más irritantes, ya que como dice Pablo VI los ricos se vuelven cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Basta examinar los balances anuales de los grandes monopolios, Bunge y Deltec, por ejemplo, que año tras año reflejan inexorables aumentos de ganancias y en la otra punta mirar los salarios de los trabajadores que son, año tras año, más insuficientes e injustos. Además, no bien el Gobierno anunció el aumento del 15 por ciento, el precio de un buen número de artículos de primera necesidad aumentó considerablemente. Frente a las consecuencias de este sistema el sacerdote no puede no hablar. No puede no actuar, si quiere seguir siendo sacerdote de Jesucristo y no sacerdote del statu quo.

Su acción de denuncia de las injusticias será la expresión misma de su misión religiosa que, constantemente, le señala la Iglesia.

Ya que el amor a Dios pasa necesariamente por el amor a los hombres. "Si alguno dice: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve." (1ª carta de Juan C. 4-20).

Los Obispos argentinos hacen el siguiente diagnóstico de la realidad del país, fruto del sistema capitalista liberal: "Comprobamos que, a través de un largo proceso histórico que aún tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta. La liberación deberá realizarse, pues, en todos los sectores en que hay opresión: el jurídico, el político, el cultural, el económico y el social". (San Miguel, 1969). En 1971 la Comisión Permanente del Episcopado señaló circunstancias agravantes de la situación: secuestros, asesinatos, salarios cada vez más insuficientes y aumento creciente de la desocupación.

Desgraciadamente, hoy, en 1972, el diagnóstico resulta plenamente actual y aún de mayor gravedad.

Ante esta situación, el sacerdote que siempre tiene el deber de anunciar a los hombres que sólo en Cristo está la liberación total del hombre, que culmina en su divinización, no puede eludir la dimensión política de su misión ya que el Reino de Dios, comienza aquí abajo.

El Padre Arrupe, General de los Jesuitas, al reflexionar sobre la tarea sacerdotal en el Tercer Mundo, le dice a los sacerdotes: "El apoliticismo, o rechazo sistemático de toda presencia de lo político, es hoy día imposible para el hombre apostólico. No podemos permanecer silenciosos frente a regímenes vigentes en algunos países, que constituyen sin duda una especie de "violencia institucionalizada". Tenemos que denunciar con sabiduría, pero clara y abiertamente, las políticas que contradicen "la visión global del hombre y de la humanidad" que la Iglesia "tiene como propia". (Populorum Progresivo Nº 13).

Solamente los que ignoran por conveniencia, para mantener sus privilegios, el sufrimiento del pueblo argentino, pueden negar el estado de violencia institucionalizada en que vivimos. Las torturas inhumanas a que fue sometido el Dr. Jozami, secuestrado en una dependencia policial, y la sensación de ciudad ocupada que ofreció Buenos Aires el viernes 28, porque había gente que quería protestar contra el hambre, son nuevas evidencias dolorosas de la misma.

El clima de represión es tal que parece que se quisiera dar a entender que todo argentino es subversivo a menos que pueda demostrar lo contrario. Y a veces no es fácil hacerlo.

Puede dar fe de ello el Padre Carbone. ¿Cuál es su culpa? Le duele el dolor del pueblo y como sacerdote de Cristo, siente que no puede renunciar a ser fiel al Señor. Siente que debe ser voz de los que no tienen voz. Jamás se extralimitó en su sacerdocio. La justicia lo acaba de reconocer.

Pero Carbone sigue preso. ¿Por qué? Porque un régimen afirmado en la violencia y la mentira no puede soportar la verdad del testimonio evangélico.

Bien puede corroborar mis afirmaciones Norma Morello, terriblemente torturada en dependencias militares para arrancarle "los planes subversivos" de ese santo Obispo que es Monseñor Devoto.

Podrá continuar la represión contra la Iglesia y el pueblo, pero siempre habrá cristianos y sacerdotes que sentirán en carne propia las luchas y sufrimientos de los oprimidos, acompañándolos de cerca en su lucha por una sociedad más justa, fraternal y cristiana.

Saben que no están solos. Saben que Cristo los acompaña: "No teman, yo estoy con ustedes hasta el final de los tiempos" (Mt. 28-20).

EL TEMOR A LA VERDAD

Los cristianos estamos llamados a dar testimonio de la verdad, y a la lucha con todas nuestras fuerzas contra la injusticia, aunque esto traiga, como consecuencia, la cárcel, las torturas, el secuestro y eventualmente la muerte. Frente a esta dura exigencia que existe desde los comienzos de la vida de la Iglesia, la vigorosa palabra de Cristo es nuestro constante aliento: "No teman a los que pueden matar el cuerpo. Teman, más bien, al que puede matar el cuerpo y el alma, y arrojarlos en la gehenna (Mateo 10, 28)". Temamos a esta nueva gehenna que es esta sociedad de consumo; aunque sea de consumo para unos pocos, y de hambre para muchos. Esta sociedad para cerrarnos, indiferentes, a la terrible violencia que ella encierra. Temamos a esta sociedad, que mientras sumerge al pueblo en el hambre y la opresión, propone a una minoría elegida el hedonismo y el erotismo, como claves de la felicidad, olvidando una vez más a Jesucristo, quien nos advierte: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Vivimos en un evidente estado de violencia institucionalizada, solamente no perceptible para algún funcionario con mentalidad proscriptiva, e insensible al dolor del pueblo argentino.

¿No es violencia institucionalizada, acaso, la que sufre el obrero que apenas reúne 40.000 pesos mensuales, al tener que pagar el precio de la leche, la carne o el azúcar? ¿No es violencia institucionalizada el aumento cada vez más alarmante de mortalidad infantil, demostrada en las últimas estadísticas oficiales? Este aumento se explica, entre otras razones, porque muchos trabajadores están imposibilitados de pagar los medicamentos indispensables para la vida de sus hijos. Si alguien duda de esta afirmación, que baje a una de las numerosas Villas Miseria, higiénicamente bautizadas Villas de Emergencia, que representan el subconsciente de Buenos Aires. Ellas son la más contundente expresión de la violencia institucionalizada que padece el pueblo, al tener conciencia de que ahí, en la ciudad, hay más de cien mil departamentos vacíos.

La Comisión Permanente del Episcopado Argentino señaló ya el año pasado, la situación dramática de la clase obrera argentina; la creciente proletarización de la clase media; la claudicación de gran parte de los hombres de la Justicia, que hacen caso omiso a las fundadas denuncias de torturas y atropellos que sufren los argentinos. Monseñor Zaspé, arzobispo de Santa Fe, conocido por su serena prudencia, en su reciente pastoral Conciencia política y Evangelio, caracteriza así la situación que vivimos: "Los resultados de seis años de Revolución Argentina son completamente negativos". Refiriéndose a los Gobiernos que se han ido sucediendo, califica como hechos muy graves la suspensión de las garantías constitucionales, el estado de sitio, la extensión de la legislación represiva y la pena de muerte. Y añade: "Sin embargo, no hubo transformación revolucionaria. Solamente cambios en la conducción, realización de infraestructura, promoción del juego, innumerables planes económicos con los resultados conocidos, carestía de la vida, cierre de fuentes de trabajo, inflación, fuga de divisas y capitales, éxodo rural, tambaleo del orden económico". Los recientes acontecimientos de Mendoza, San Juan y Tucumán, ensombrecen aún más el panorama.

Ahora bien, seamos honestos, ¿esto configura o no un estado de violencia institucionalizada? ¿Cómo no explicarse, entonces, que surja, como consecuencia inevitable, la respuesta violenta que puede llevarnos, si las causas que la engendran no son removidas, a un baño de sangre entre argentinos? Algo que, ciertamente, el pueblo no quiere. Hace poco, la Comisión Episcopal Argentina, en ocasión del secuestro del doctor Sallustro, ha reflexionado sobre la realidad argentina, y la necesidad de "una justa convivencia nacional". Señaló que, "como pastores, nos pedimos a nosotros mismos entrar, profundamente, en las causas que están generando desencuentros y odios". Es necesario que también nosotros lo hagamos. Ante todo, los hombres que hoy tienen el poder. No será calificando de asesinos a los que responden con violencia a la violencia del régimen, como lograremos la verdadera paz, como lo señala permanentemente Pablo VI, ésta es fruto de la Justicia. Si el Gobierno elimina la legislación represiva, y convoca de inmediato a las paritarias, como lo establece la Ley, entonces sí los argentinos comenzarán a creer en una sincera actitud de conciliación nacional. Es necesaria la honestidad de los medios de difusión, castrados por la

autocensura, que casi obsesivamente se han ocupado del secuestro del doctor Sallustro, y poca o ninguna atención han otorgado al secuestro de un obrero peronista —Eduardo Monti—, llevado de comisaría en comisaría, sometido a salvajes torturas que le provocaron la muerte, al llegar a la cárcel de Olmos. Y que recién ahora comienzan a hablar de la situación de Norma Morello, maestra normal detenida por orden del II Cuerpo de Ejército, terriblemente torturada por haber sido fiel a su conducta de militante cristiana, y haber asumido las exigencias del Evangelio.

Nosotros, los hombres de iglesia que hemos contraído la enorme responsabilidad de ser los portavoces del mensaje de Cristo hasta las últimas consecuencias, debemos ser fieles al llamado del Señor y del magisterio: hoy más que nunca nos exigen asumir la defensa de todos los seres humanos pisoteados en su dignidad; pero, sobre todo, como lo recalca el Documento de Justicia del Sínodo de Obispos, de los más pobres y oprimidos. Se trata, una vez más, de ser la voz de los que no tienen voz. La verdad os hará libres (Juan 8, 32).